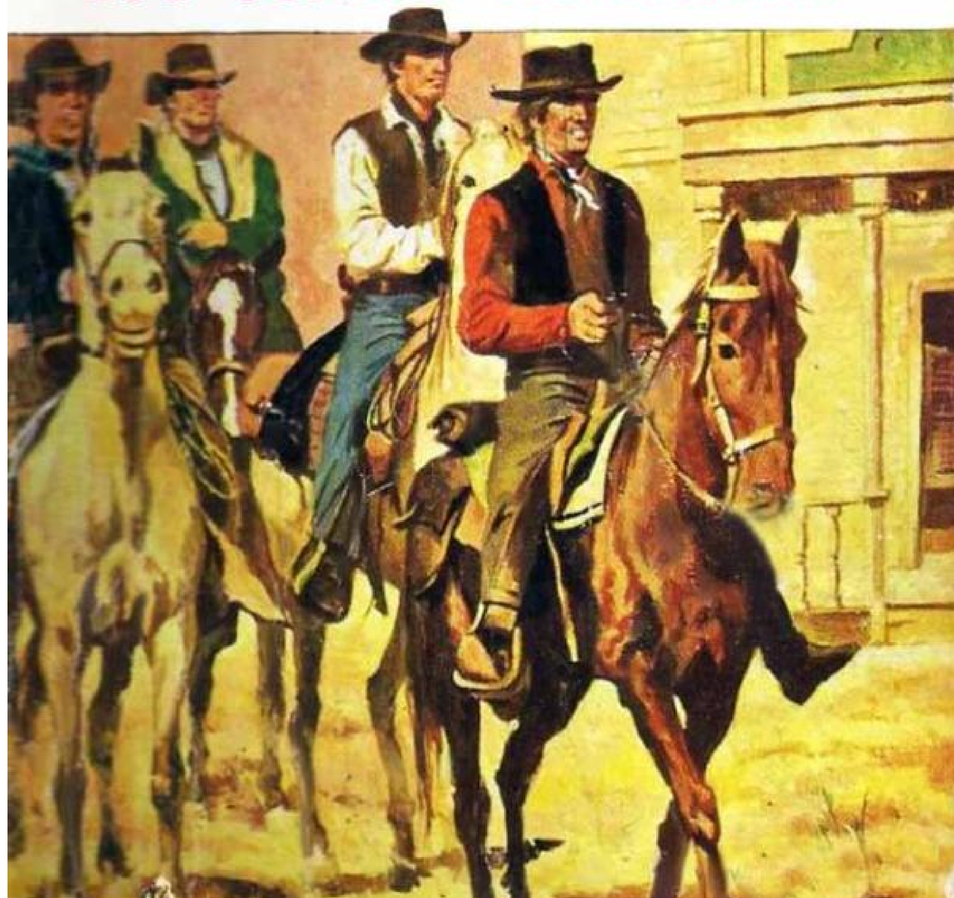
BOLSILIBROS BRUGUERA

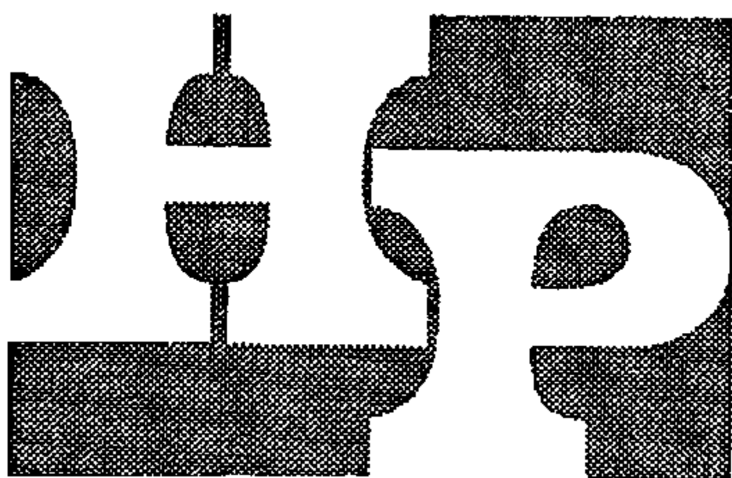
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

LOS "CUATRO" DE NEVADA







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS "CUATRO" DE NEVADA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 265
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 47122-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: enero, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Los siete hombres se distribuyeron en absoluto silencio, acurrucándose entre las sombras, moviéndose a intervalos como verdaderos gatos en la oscuridad. Nadie hubiera sido capaz de oírlos, y mucho menos de verlos.

Parecían formar parte de la noche.

Todos llevaban rifles y lucían sobre sus camisas placas de comisarios. La casa a la cual se dirigían, situada sobre un pequeño cerro, tenía iluminadas dos ventanas. En ella imperaba el silencio.

Los siete hombres la habían rodeado ya por completo.

El *sheriff* que los dirigía emitió un leve silbido que hubiera podido confundirse perfectamente con el de un búho. Todos prepararon sus rifles y se dispusieron a lanzarse al asalto de la casa.

Junto al *sheriff* surgió en aquel momento la sombra de un individuo pequeño, bien vestido, que llevaba un sombrero hongo y había estado acurrucado en un espacio inverosímilmente pequeño.

El *sheriff* le apuntó inmediatamente con su rifle. Pero al darse cuenta de quién era, estuvo a punto de lanzar un grito de asombro.

—¡Cotton! —dijo en un susurro—. ¿Qué hace usted aquí?

—Quiero tener la exclusiva de la información de la captura de Laurent.

—¿Está loco? ¿Lo ha enviado su periódico?

—No. Es cosa mía. Yo me entero de todo. Por algo soy el redactor más distinguido de El Eco de Carson City.

El *sheriff* lanzó un suspiro de ira contenida.

—Usted acabará con mi paciencia, Cotton. ¿Cómo sabía que ésta era la guarida de Laurent?

—Ya le he dicho que yo sé muchas cosas. Me he enterado que venía hacia aquí con todos sus hombres, y he imaginado en seguida

cuál era la clase de pájaro que trataban de cazar. Y quiero estar delante cuando todo suceda, para que mañana mi periódico pueda publicar la información completa en primera página.

—¿Por qué tienen tanto interés en Laurent?

—Diablos, porque es el atracador de Bancos más fantástico que ha existido en Nevada…

—Y usted que sabe tantas cosas, Cotton, ¿no tiene idea de dónde puede haber ocultado ese buitre su botín?

—Eso no he podido averiguarlo, *sheriff*, aunque bien quisiera. Pero ustedes lo sabrán cuando hayan capturado a Laurent. ¿Lo quieren vivo, verdad?

—Por supuesto… Hay que interrogarle o jamás recuperaremos ese dinero. Y ahora basta de hacerme perder el tiempo, Cotton. Tenga los ojos bien abiertos si quiere ver lo que sucede, pero no se arriesgue demasiado porque habrá fuegos artificiales.

Sabía que sus hombres esperaban impacientes, después de la señal de alerta que él había dado. Incluso muchos de ellos no se explicarían aquel retraso en saltar hacia la casa.

El *sheriff* salió de su escondite y corrió hacia el edificio de troncos situado en lo alto del cerro. Todos sus hombres, que estaban alerta, le vieron claramente y avanzaron también hacia el mismo lugar, viniendo desde todas direcciones.

La fuga era imposible.

Además no habían hecho el menor ruido, de modo que cazarían por sorpresa a Laurent. Antes de que éste se diera cuenta de lo que sucedía, ya tendría los cañones de siete rifles apuntándole al pecho.

De todos modos no podían fiarse. Laurent era uno de esos tipos escurridizos que siempre terminan escapando. Había huido de trampas muy bien preparadas, y además era un excelente tirador. Aunque sólo en el último instante se diera cuenta de lo que sucedía, liquidaría al menos a un par de hombres antes de ser capturado.

Por eso el *sheriff* no se explicaba muy bien que hasta el momento estuviera teniendo tanta suerte.

Nada fallaba.

Laurent estaría dormido, y al despertar se encontraría ya con las argollas en las manos.

En compañía de dos de sus hombres dio un brutal empujón a la puerta, derribándola, y encañonó el interior de la cabaña. En ésta

sólo había dos taburetes, una mesa y una cama, sobre la cual se encontraba Laurent. El forajido dormía.

Lanzando un grito de triunfo, el *sheriff* le clavó el cañón del rifle en las costillas, mientras sus hombres se distribuían por la estancia. El impacto hubiera hecho estremecer a cualquiera, pero Laurent, cosa extraña, no se movió.

El *sheriff* aulló:

—¡No intentes disimular! ¡Esta vez te hemos cazado! ¡Arriba las manos, Laurent!

Pero el forajido no se movía. Estaba quieto, demasiado quieto. Tranquilo, extrañamente tranquilo.

Fue entonces cuando el *sheriff* se dio cuenta de que por debajo de la colchoneta goteaba la sangre. Lanzó un grito de asombro.

¡Laurent estaba muerto! ¡Lo habían asesinado!

Abrió desmesuradamente los ojos cuando vio que uno de sus hombres abría la puerta de la estancia contigua, que era un pequeño dormitorio. Alguien que estaba oculto allí intentó huir, revolviéndose furiosamente. El *sheriff* lanzó un gruñido al oír el grito ahogado de una mujer.

Todos se lanzaron repentinamente hacia aquella estancia, con sus armas preparadas. No dejarían escapar al culpable, aunque ésta fuera una mujer y aunque la víctima hubiese sido un famoso gun-man.

El *sheriff* se detuvo en el umbral. Gritó:

—¡Cuidado! ¡La quiero viva!

Dos de sus hombres sujetaban ya a aquella especie de fierecilla que se debatía furiosamente. Uno de ellos lanzó un aullido, cuando la mujer le mordió la mano derecha. El otro hizo un gesto de rabia.

—¡Maldita!

Dos culatazos se abatieron sobre la nuca de la mujer. Ésta era demasiado joven, muy bonita, y estaba débil.

Cayó blandamente junto a las botas de los hombres del *sheriff*, que se apresuraron a sujetarla con esposas. Unos instantes después la habían arrastrado a otra habitación de la casa.

CAPÍTULO II

El hombre se puso en pie y dijo:

—Judith Laurent, está usted libre.

La mujer se estremeció. Cerró los ojos un momento. Al abrirlos vio de nuevo aquella habitación en la que tal vez no volvería a entrar nunca más. Vio otra vez las dos grandes ventanas enrejadas que proyectaban luz sobre la mesa. Docenas de expedientes estaban apilados a ambos lados de ésta, y sus papeles amarillentos causaban una impresión en su ánimo que era imposible definir, una sensación de tristeza que llegaba como la punta de un cuchillo a lo más profundo del alma.

—¿En qué piensa usted, Judith? —El hombre dio vuelta a la mesa y se acercó a ella solícitamente.

Había cambiado mucho desde que le conoció, tres años antes, y a veces Judith pensaba que no era el mismo que con tanta indiferencia la recibiera al principio. Pero esto quizá se debía a que ya se había acostumbrado a él. Trató de sonreír y de mirarle a los ojos…

—Estoy asustada ante la vida, señor Klem. Me produce un miedo horrible el pensar en lo que me aguarda fuera de aquí.

El hombre tomó asiento junto a ella, en el sillón contiguo, y la miró largamente. Mientras la examinaba, los dedos de su mano derecha acariciaban inconscientemente su espesa barba negra. Robert E. Klem, director de la más importante prisión de Nevada, considerado uno de los mejores especialistas en sistemas penitenciarios femeninos, había visto a muchas mujeres delincuentes a lo largo de su vida, y se preciaba de conocerlas bien. Ésta, Judith Laurent, le producía, en cambio, una especie de perplejidad. Judith Laurent era para él un misterio. Por su extrema

juventud, por su belleza, por el candor de sus ojos, parecía incapaz de haber cometido el monstruoso delito por el que había sido condenada.

Los movimientos de sus manos, sin embargo, delataban en ella a una mujer nerviosa y capaz de sufrir las más desesperadas crisis. Pero de un modo u otro, pensó Robert E. Klem, ya no tendría que preocuparse más de ella. Condenada a quince años, había sido beneficiada por los indultos concedidos después de la guerra civil y, debido además a su conducta ejemplar, iba a ser puesta en libertad ahora. Una libertad que tal vez serviría para hundirla en los peores abismos, porque… ¿qué iba a ser de una mujer tan joven y hermosa como ella, en las diabólicas ciudades de Nevada?

—Tengo miedo de salir de aquí… —susurró Judith, entrelazando los dedos con nerviosos movimientos, como si se sintiese acometida por una especie de desesperación.

—Cualquiera diría que no desea usted su libertad —sonrió Robert E. Klem.

Judith miró hacia las dos ventanas enrejadas y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Amo la libertad como ninguna otra cosa en la vida —dijo suavemente, con un hilo de voz, igual que si rezara—. Hace tres años entré aquí pese a jurar que era inocente. Durante tres años no he visto más que ventanas enrejadas y pasillos con puertas que se cerraban herméticamente… Rostros de guardianes y la horca en el patio los días de ejecución… No, no estaría ni un día más aunque me ofrecieran una fortuna. Pero a pesar de eso tengo miedo. Dígame… ¿Ha cambiado mucho Nevada después de la guerra civil?

—Mucho. Antes ya era un territorio peligroso, pero desde que se firmó la paz, toda clase de aventureros y gentes de la peor estofa han ido llegando continuamente a esta tierra.

—Entonces, ¿qué va a ser de mí?

Robert E. Klem extrajo de uno de los bolsillos de su levita dos sobres que llevaba doblados cuidadosamente.

—He pensado en eso, Judith. Naturalmente, nadie puede garantizar nada, porque esta tierra está maldita. Además, no conozco a mucha gente aquí porque, como sabe, vivo recluido en mis habitaciones a causa de mi poca salud. Pero por si desea obtener trabajo honrado, aquí tiene dos cartas.

Judith Laurent se inclinó un poco hacia él, vivamente interesada, con los ojos todavía anegados en lágrimas.

—¡Claro que me gustaría lograr un trabajo honrado, señor Klem! ¡Naturalmente que quiero!

—En su ficha personal declaró que era pianista. ¿No nos mintió?

—Dije la verdad. Quizá en sentido estricto, el piano no haya sido nunca una verdadera profesión para mí, pero conozco todos sus secretos.

Robert E. Klem tendió una de las dos cartas.

—En tal caso vaya primero a esa dirección. Es la de un antiguo amigo mío llamado Brandon. Tiene en Carson City un local donde organiza sesiones de variedades selectas, y puede darse el caso de que necesite a una mujer como usted. Si es así, no le hará preguntas y le ofrecerá trabajo honrado, lo que le permitirá a usted ir recobrando poco a poco la sensación de su propia dignidad.

Judith apretó nerviosamente las manos del director de la prisión.

—¡Oh, gracias, gracias!

—No he terminado aún —advirtió el hombre, calmosamente—. Hace tiempo que no veo a Brandon, de modo que su negocio puede haberse ido al agua o, sencillamente, no necesitar los servicios de nadie. Por si alguna de estas circunstancias se produjera, aquí tiene usted una segunda carta. Pero sobre todo vaya a ver a Brandon primero y no emplee esta segunda misiva que le entrego sino en caso de verdadera necesidad, Él hombre a quien va dirigida le dará trabajo sin ninguna clase de dudas, pero tiene un carácter difícil y lleva una vida peligrosa, de modo que sólo le conviene a usted de una forma relativa.

Judith cerró otra vez los ojos tratando de contener las lágrimas.

—Puedo ser yo la que no le convenga a él, señor, No seré más que una mujer salida de presidio.

—El destinatario de esta segunda carta no le preguntará por qué estuvo aquí. No herirá su sensibilidad en este sentido, aunque en otros aspectos es posible que la trate brutalmente. Por eso le aconsejo que no se dirija a él sino como último recurso.

Entregadas las dos cartas, se puso en pie. Su corpulenta humanidad pareció aplastar con su presencia a la acongojada muchacha.

—Está bien, Judith Laurent. No debemos hablar más. Sólo deseo que la libertad le sirva para empezar una nueva vida con la ayuda de Dios. Y como para obtener esa protección divina debe rezarle sin desfallecer, permita que le ofrezca esta pequeña suma a fin de que no se muera de hambre antes de obtener trabajo. Son sólo veinticinco dólares.

Ella se retiró vivamente.

—Demasiado ha hecho ya por mí. ¡Yo no puedo aceptar eso!

—¿Por qué no? —Robert E. Klem sonreía con cierta tristeza—. Suelo entregar una cantidad así a todas las reclusas que salen en libertad, y usted no va a ser una excepción. Además, en cuanto al hecho material de desprenderme de esta suma, más vale no hablar de ello. Soy bastante rico, y veinticinco dólares representan para mí lo que un granito de maíz para un inmenso granero. Acéptelo, se lo ruego.

Judith Laurent, con mano temblorosa, tomó aquellos veinticinco dólares. Le dio una inmensa vergüenza arrugarlos entre sus dedos, pues no se le ocultaba que eran una limosna. Pero, después de todo lo que había sucedido, ¿qué importaba una vergüenza más?

—Procure no gastarlos alegremente —aconsejó Klem—. Guárdelos por si todo falla. Y ahora, adiós.

Su fuerte y velluda diestra estrechó la mano de la muchacha. Era la primera vez que alguien la saludaba de esta manera en tres años. Judith se mordió los labios, cerró los ojos para que no se advirtieran sus lágrimas y salió corriendo del despacho. La puerta estaba abierta, y Robert E. Klein se la quedó mirando mientras su grácil silueta se perdía a lo largo del pasillo que conducía al exterior.

—Puede que esa mujer sea una verdadera hiena —dijo para sí, acariciándose la barba—. Es posible que la condena fuera justa y que incluso haya merecido la muerte. Pero si no es así, ¿qué va a hacer ahora en esta tierra, donde sólo impera la ley del revólver y a la que, cada minuto que pasa, llega un nuevo pistolero?

Se sentó de nuevo ante su mesa y trató de no pensar más en aquel asunto. Pero la imagen de Judith Laurent le obsesionaba, y una hora después aún seguía mirando con los ojos entornados hacia el pasillo por el cual había desaparecido la muchacha.

* * *

Judith iba mal vestida. La primera persona que se lo dijo fue un hombre que mascaba tabaco con las espaldas apoyadas en la columna de un porche.

—Oye, nena, ¿es que te has escapado de un museo?

Judith apretó el paso, y mientras lo hacía contempló sus zapatos y su vestido, ya completamente pasados de moda, pues los gustos habían evolucionado mucho en tres años y la guerra parecía haberlo transformado todo. Ahora las mujeres eran mucho más elegantes que cuando ella ingresó en la prisión, y todas la miraban con un mohín claramente despreciativo y burlón al cruzarse con ella.

Pero afortunadamente, las miradas de las mujeres se detenían en su vestido.

Las de los hombres —lo notó en seguida—, trataban de ir mucho más allá. Todos adivinaban que bajo aquellas ropas pasadas de moda latía un cuerpo joven, ágil y tentador, y todos envolvían con miradas vidriosas los movimientos de la muchacha. Ésta se mordía los labios desesperada, pensando que necesitaba resolver la situación, hallar un cobijo aquella misma noche.

Carson City era pródiga en teatrillos, saloons y pequeños garitos donde se jugaba y de donde brotaban continuamente las llamas anaranjadas de los revólveres. Judith vio caer a dos hombres en plena calle, con los corazones atravesados, y algunos borrachos intentaron ceñirla por la cintura y besarla en la boca. Sentía ya una sorda angustia en el pecho cuando llegó a las señas que indicaban la primera de las cartas.

Esa dirección era la de un gran teatro de variedades llamado Eva. Pero Robert E. Klem había dicho que lo que se representaba allí eran variedades selectas. Y si lo que Judith veía anunciado era «selecto», o los gustos habían variado mucho en tres años o el director de la prisión era un redomado cínico.

Grandes carteles adornaban la fachada principal y las laterales del teatro, y en esos anuncios había reproducidas varias mujeres con menos ropa que la que lleva un recién nacido. Los títulos de las canciones que se anunciaban eran también más que desenfadados y, en fin, los tipos que entraban allí constituían todo un poema. Judith, una mujer que podía considerarse experimentada y a prueba de emociones, porque había vivido tres años en prisión, se asustó al

verlos.

Pero allí, de todos modos, estaba el empleo que le había facilitado Klem, y ella no podía volverle la espalda so pena de morirse de hambre en cuanto se acabaran los veinticinco dólares, que eran una suma ridícula para una ciudad tan próspera como Carson City. De modo que echó la cabeza hacia atrás, trató de armarse de valor y entró por la puerta de artistas del teatro.

Un empleado guiñó cómicamente los ojos al verla.

—¿Míster Brandon? —preguntó Judith.

—Está en su despacho, pero no podrá recibirla ahora.

—Tengo una carta para él. Le quedaré muy agradecida si se la entrega.

—Tú no tienes que agradecerme nada, guapa.

Se fue con la carta y volvió al cabo de cinco minutos.

—Puedes pasar.

Judith atravesó una gran sala donde varias mujeres jóvenes se estaban cambiando de ropa; luego un pasillo, y al fin penetró en un despacho amueblado con muebles color nogal claro y adornado con alfombras y tapices de una gran suntuosidad. Un hombre joven, demasiado joven para ser amigo de Klem, estaba sentado tras la mesa. Dirigió una rápida mirada a Judith y ésta adivinó que había calculado ya exactamente todas las medidas de su cuerpo. Dio un paso hacia atrás, confusa.

—Me temo que haya habido una equivocación —susurró—. Usted no puede ser míster Brandon…

—¿Por qué no puedo serlo? —sonrió el hombre—. ¿Tengo acaso cara de llamarme Brown o Smith?

—Es usted demasiado joven…

El que estaba tras la mesa se levantó, dando con la carta de canto en su diestra. Una sonrisa auténticamente cínica, de hombre acostumbrado a todo, aleteaba en sus labios. Se acercó a Judith hasta casi rozarla y luego retrocedió unos pasos para mirarla mejor, cosa que hizo examinándola con atención desde la punta de sus zapatos hasta sus cabellos. El examen pareció no tan sólo satisfacerle, sino incluso asombrarle un poco. Aquella mujer, a pesar de sus vestidos, era de lo más radiante y extraordinario que había visto en su vida.

—Tú eres muy hermosa… —susurró—. ¿Es cierto que buscas

trabajo?

—Primero dígame quién es usted.

—Me llamo Brandon. Pero la carta que me has entregado no va, en realidad, dirigida a mí, sino a mi padre, que falleció hace un año. ¡Ese vejestorio de Klem siempre apegado a sus viejas amistades! Dice en su carta que te demos trabajo en cualquier número de nuestras selectas variedades. Asegura que tocas el piano muy bien.

Judith se mordió los labios.

—Debo decir a usted que las variedades que se ofrecen al público en este teatro no me han parecido muy selectas, señor Brandon.

El joven no se ofendió ante aquella réplica. Más bien pareció divertirle el que la muchacha le hablara con aquella mezcla de desparpajo y dignidad.

—Lo de «selecto» murió con mi padre. El muy incauto creía que a la gentuza de Carson City se la puede divertir ofreciéndole bailes pasados de moda y ridículos conciertos de arpa. ¡Así marchaba el negocio, haciendo aguas por todas partes! En cambio, ahora el teatro está lleno todas las noches. Bueno, ¿qué sabes hacer?

—Tocar el piano; en la carta lo dice.

—Y mover bien las piernas, supongo.

Judith se mordió los labios otra vez.

—Nunca he sabido bailar. Y ahora vengo de presidio; aunque supiese lo habría olvidado.

El joven Brandon hizo con las manos un ademán de impaciencia.

—No se puede trabajar en Eva si no se tienen unas bonitas piernas. De modo que… ¡a verlas!

Judith, cerrando los ojos, se levantó un poco la falda. Justo hasta las rodillas. Pero la voz del hombre exigió imperativa:

—¡Más! ¡Más! ¡Eso no es nada! ¡A cualquier cosa llamas tú enseñar las piernas!

En ese momento se abrió la puerta.

La había empujado desde fuera alguien que parecía no tener mucho interés en ser anunciado.

Judith y Brandon se volvieron a la vez para mirar, con sorpresa la primera, y con furia el segundo. El recién venido era un tipo que tendría tan sólo unos veinticuatro años, pero que por la expresión de sus ojos y la mueca aburrida de sus labios parecía haber vivido

una eternidad. Era alto, más alto que Brandon, ancho de espaldas y de pecho, con músculos largos y suaves como los de un felino. Sus cabellos eran negros, y su piel morena. Vestía como un caballero, aunque sin chistera, y llevaba bajo la levita un solo revólver. Parecía como si lo que acababa de ver en la habitación le tuviera sin cuidado, porque lanzó algo así como un suspiro de aburrimiento al cerrar la puerta tras él.

—¿Trabajando, Brandon?

—¿Qué es lo que pretende, Slim? —rugió el interpelado—. ¿Que le consideremos un fantasma? ¿Cómo ha llegado hasta aquí y qué diablos anda buscando?

El recién llegado apoyó las manos en las solapas de su bien planchada levita.

—No me importa la categoría de los espectáculos del Eva, Brandon, ni vigilarlos es cuestión de mi incumbencia. Pero en los sótanos del teatro, bajo la apariencia de un honrado bar, hay un garito donde cada noche se despluma a los incautos y se asesina a los que, por una casualidad, han logrado ganar. Le advertí, Brandon, que lo cerraría y pienso cumplir mi amenaza. He venido a darle un último plazo. Cierre mañana o tendré que intervenir por la fuerza.

Judith creyó que un hombre que hablaba de tal modo debía ser el *sheriff*, pero no vio que el desconocido llevase estrella. En cuanto a Brandon, recobró inmediatamente la serenidad, quizá al darse cuenta de que estaba en su terreno y de que aquel hombre no saldría vivo de allí si él lo deseaba.

—¿Con qué fuerza? ¡Está solo en la ciudad, demasiado bien lo sabe!

—Podemos jugar a ver quién tiene razón —sonrió el desconocido—. Usted dispone de muchos hombres, y yo estoy solo. ¡Vamos, trate de oponerse a mis órdenes por la fuerza! ¡Me agradará saber quién cae primero, Brandon!

Un hombre apareció en aquel momento a espaldas del desconocido. Era el mismo empleado con quien poco antes hablara Judith y se adivinaba por su aspecto que acababa de recibir unos cuantos golpes. Sin duda el desconocido le había quitado de en medio y ahora, habiendo recobrado el conocimiento, abría la puerta silenciosamente, a espaldas del intruso. En sus manos sostenía una

pesada barra de hierro. Ningún sonido se oía en el local, salvo la lejana música del escenario, donde ya debían encontrarse actuando todas las artistas a quienes poco antes viera Judith cambiarse de ropa.

La barra de metal se levantó. Judith distendió los labios.

—¡Cuidado!…

El desconocido se arrojó al suelo, y la barra silbó a una pulgada de su cabeza. Brandon lanzó una maldición y volteó el revólver, amartillándolo a continuación, mientras gritaba:

—¡Mátalo, Hunt!

El de la barra de metal la levantó otra vez, dispuesto a asestar al caído el golpe definitivo, pero de repente quedó paralizado y sus labios se deformaron en una horrible mueca. Slim había disparado su revólver a través de la funda, y aunque no tiró a matar, su bala trituró una de las clavículas de Hunt. Éste no pudo terminar su movimiento y dejó caer la barra al suelo, retorciéndose de dolor.

Brandon, entretanto, había disparado también, creyendo que lo hacía sobre seguro. Pero no contaba con la increíble agilidad de Slim, con aquella capacidad de flexión que le asemejaba a una pantera joven. La bala rebotó en una baldosa donde segundos antes estaba la cintura de su enemigo. Fue a disparar otra vez y en ese momento el revólver saltó de entre sus dedos como si estuviera dotado de voluntad propia. El disparo de Slim fue tan certero que ni un solo rasguño alteró la uniformidad de la piel de Brandon.

—¿Son así todos los hombres que tiene, Brandon? —preguntó Slim poniéndose en pie de un salto—. En tal caso le aconsejo que renueve su tropa, si es que pretende no ser arrojado todavía de Carson City.

Con un aullido de rabia, Brandon se lanzó hacia adelante y trató de golpear con ambos puños a Slim, pero éste esquivó la acometida con una finta de cintura y lanzó a su enemigo contra la pared de un impresionante jab de izquierda. Brandon se tambaleó después del salvaje golpe, pero volvió a la carga con los dientes apretados. Mientras le veía venir, Slim, que ni siquiera había desenfundado el revólver, preparó los puños y conectó casi simultáneamente, con una fantástica precisión, el izquierdo al estómago y el derecho a la mandíbula. Cuando Brandon aún estaba en el aire le lanzó otro jab, éste de derecha. Y Brandon cayó arrugado en un rincón de la pieza,

deshecho, sin ánimo para continuar aquella lucha que podía costarle la vida.

Slim se volvió ligeramente y contempló a la muchacha.

—Lárgate tú primero, antes de que vengan más hombres.

—Pero… —Intentó protestar.

—Ahórrate saliva. Esto va a resultar demasiado divertido si suben los granujas que Brandon tiene en el sótano.

Judith, sin saber exactamente lo que hacía, tan sólo dominada por la desesperación y por un ciego terror, echó a correr hacia la puerta. Nadie intentó detenerla cuando cruzó las vastas estancias, que ahora estaban desiertas. Salió a la calle y, jadeando, sin atreverse a mirar hacia atrás, echó a correr en dirección a un edificio cuyo rótulo, en grandes letras encarnadas, pregonaba: «Hotel. Todo confort. Un baño en cada piso».

Encargó una habitación independiente, para lo que tuvo que abonar cinco dólares, y se tendió en el lecho con los ojos cerrados, sin querer pensar en lo que había sucedido. Así, sin dormir apenas, la sorprendió el día siguiente.

Judith se aseó y salió muy temprano a la calle con la segunda carta en la mano, la que sólo debía emplear como último recurso. Iba dirigida al «Señor delegado especial del Gobierno federal en Carson City».

No le fue difícil averiguar que el «delegado especial» tenía su despacho en el juzgado. Fue allí y se hizo anunciar, entregando a un ordenanza la carta. Éste pasó a una habitación contigua, y al cabo de un par de minutos volvió a aparecer.

—Pase —dijo manteniendo libre la entrada.

Como era temprano, no había nadie más en todo el edificio.

Judith pasó. Dentro del despacho, sentado detrás de una mesa, se veía un hombre.

Un hombre joven, alto, moreno, de anchas espaldas y ojos grises que taladraban al mirar.

¡Slim, el mismo a quien conociera la noche anterior en el despacho de Brandon!

El hombre debía recordarla, pues se habían conocido tan sólo unas horas antes y en circunstancias difíciles de olvidar, pero hizo como si fuera la primera vez que la viese en su vida. En realidad dio a Judith la sensación de que le era tan indiferente como una mosca

que hubiera entrado en su despacho.

El hombre la miró con indiferencia y señaló una silla colocada frente a la mesa, pero no sonrió ni en sus ojos grises hubo el menor brillo.

—He leído su carta. Tenga la bondad de sentarse.

Judith lo hizo, temblorosa.

—Le prometo que no pude suponer… —comenzó.

—¿Qué es lo que no podía suponer?

—Que al entrar aquí fuera a encontrar al mismo hombre que anoche escarmentó a Brandon. Creía que no volvería a verle nunca más, señor.

Él jugueteaba con la carta entre sus dedos.

—No sé de qué me está usted hablando. O, mejor dicho, no me importa en absoluto lo que pudiera usted creer. Y le aconsejo que trate de olvidar lo de anoche y no darle importancia, porque en Carson City escenas como la que presenció se repiten con mucha frecuencia.

Judith, un poco perpleja, desvió la mirada. Había algo en el hombre que la intranquilizaba, que incluso le daba miedo. Su mirada y su seca sonrisa no eran las de un ser humano.

—Vayamos a lo que importa —dijo Slim—. El honorable Robert E. Klem me envía una carta pidiéndome que la ayude y le dé un empleo. ¿Hizo antes lo mismo con Brandon?

—Sí, pero la carta iba dirigida a su padre, el cual falleció hace un año. Sin duda Robert E. Klem no lo sabía, a causa de la vida retirada que lleva. Supongo, además, que ese indeseable de Brandon no se preocupó de anunciar a nadie la muerte de su padre.

—Llama usted indeseable a Brandon y acababa de salir de presidio —objetó secamente Slim—. Tiene gracia.

La frase llegó como una certera puñalada hasta lo más profundo del corazón de Judith, que sintió un estremecimiento.

—¿Cómo quiere que tenga confianza en usted? —preguntó Slim, levantándose bruscamente—. ¿Qué puedo pensar de una mujer que acaba, de salir de la cárcel? Esta situación no me agrada en absoluto. Y lamento que en esta ocasión el honorable Robert E. Klem se haya acordado de mí.

Judith se mordió los labios. No lo hizo con rebeldía, sino con un abatimiento total. Tenía frío en su corazón, en sus manos, en su

sangre toda. Sentía en aquel momento como un consolador y a la vez amargo deseo de morir.

—Robert E. Klem es un buen hombre —arguyó débilmente—. Y ahora me doy cuenta de que usted no es su amigo.

—¡No lo soy! —afirmó tajante Slim—. ¡Y, francamente, no me explico cómo le ha dado esa carta!

—Me dijo que la empleara como último recurso. Siento haberle molestado, señor. Perdóneme.

Judith se puso en pie y, abatida, dio unos pasos en dirección a la puerta. Pero de repente la voz del hombre ordenó:

—¡Vuelva aquí!

Era imposible desobedecer aquella voz. Judith advirtió, en contra de su voluntad, que en aquel hombre había algo que la dominaba y la hería al mismo tiempo, y se sintió débil y vencida ante él, como si no fuera más que un pajarillo en la manaza de un gigante. Dócilmente volvió atrás y se sentó de nuevo en la silla.

—No hemos hablado todavía —advirtió Slim—. Le he hecho saber que me fastidia una mujer recién salida de presidio, pero no la he echado de aquí, ¿comprendido?

Judith le miró y hubo en sus ojos un último brillo de rebeldía. Pero a partir de aquel momento se sintió tan vencida y humillada que ya no osó levantar más la mirada. Las palabras del hombre, despiadadas y secas, restallaban en sus oídos igual que latigazos.

—A pesar de lo que el honorable Robert E. Klem diga en su carta, no podrá convencerme de que es usted una mosquita muerta. Ni logrará hacerme creer que eso que tiene usted en los ojos es candor y que sus manos son puras. Probablemente me va a decir que con usted se cometió una injusticia al condenarla. Seguro que es inocente, ¿no? ¡Dígalo de una vez!

—Soy inocente —susurró Judith, casi sin voz.

—Lo imaginaba. Lo increíble hubiese sido que dijera lo contrario. Pero por lo que a mí respecta, es inútil que emplee usted mentiras. Por el contrario, admiro la dignidad de los que reconocen francamente ser culpables. No puede haber arrepentimiento después de cometer un pecado si uno empieza por no confesarlo.

Judith hizo ademán de ir a levantarse otra vez, pero no con rebeldía, sino con expresión de desaliento. Sus manos acariciaron suavemente los pliegues de su falda pasada de moda, y su barbilla

rozó el cuello almidonado de su vestido, que más bien parecía un inocente uniforme.

—Es una lástima que pierda usted el tiempo insultándome, señor. Sin duda tiene usted muchas otras cosas más importantes que hacer. Permítame que me vaya.

—¡Aún no!

Judith detuvo su movimiento en seco al oír aquella voz. Nuevamente tuvo la sensación de no ser más que un pajarillo atrapado en las manos de un gigante.

—No debe usted llamar insultos a una simple relación de verdades. Pero dejemos eso ahora. ¿Por qué la condenaron?

—Afirmaron que había matado a mi propio hermano —declaró Judith mirando al suelo.

Su voz fue tan débil que tuvo la sensación de que Slim no la había oído. Pero su interlocutor la oyó muy bien. E incluso lanzó un silbido de asombro.

—Eso, amiguita, significa la horca.

—Las pruebas no eran muy contundentes, y aunque el jurado me declaró culpable, recomendó clemencia. Fui condenada a una pena entre quince y veinte años, pero he observado buena conducta y he sido beneficiada por varios indultos concedidos después de la guerra civil.

—Extraordinaria suerte la suya. ¿Tiene familia?

Ahora fue cuando Judith se mordió los labios con más desesperación.

—Sí —murmuró—. Una hija.

CAPÍTULO III

Durante unos momentos pareció como si Slim no creyera aquellas palabras. Sus ojos duros y fríos recorrieron línea a línea el armonioso cuerpo de Judith, sus facciones juveniles, su cintura estrecha y perfectamente virginal, como la de una muchachita que jamás hubiera sido tocada. Realmente costaba creer que Judith Laurent hubiera sido madre.

Ella musitó:

—¿Qué es lo que le ocurre, señor Slim? ¿Qué le sucede?

—¡Que tengo envidia!

—¿Envidia? ¿De quién?

—Del tipo que la poseyó por primera vez —dijo brutalmente Slim—. ¿Está vivo aún?

—Sí.

La voz de Judith era sólo un soplo. Aquella conversación la molestaba, la hería.

—¿Quién es?

—Se llama Jakobsen Anderson.

—¿Jakobsen Anderson? Lo he oído nombrar. ¡Claro que sí! Y pienso que no es posible que usted se casara con un tipo así.

—No me casé.

—¿No?

Slim había vuelto la cabeza de repente. Parecía ir de sorpresa en sorpresa.

—¿Tuvieron el hijo por correspondencia? —preguntó.

—No se burle. Él me raptó de mi casa y me tuvo un par de meses con él. Eso fue todo.

Slim extrajo un delgado cigarro de uno de los bolsillos de su chaleco y lo mordió con suavidad. Sus dientes eran poderosos, como

todo en él. Daba la sensación de un hombre nacido para pelear y matar.

—Vamos a ver —dijo—. Usted, ahora lo recuerdo, fue acusada de haber dado muerte a su hermano porque los hombres del *sheriff* la encontraron en la cabaña al irrumpir en ella, y porque razonablemente nadie más podía haber cometido aquel crimen. Usted siempre alegó inocencia. ¿Vio quién lo hizo?

—No. Cuando entré en la casa, mi hermano estaba ya muerto. Y no había nadie más en ella.

—¿Sabe cómo mataron a Laurent?

—Me lo dijeron al menos una docena de veces durante el juicio —musitó ella con desaliento—. Lo mataron apuñalándolo con una daga curva.

—Un arma de verdad extraña en este lugar del Oeste —dijo Slim mirándola—. ¿Usted no tiene ninguna?

Judith se retorció los dedos, cansada y desalentada, mientras las lágrimas empezaban a quemar ya el fondo de sus ojos.

—Señor Slim, yo ya fui juzgada y condenada —musitó—. Debe comprender que me horroriza volver a hablar de aquello. Además, ¿cómo concibe que fuera a matar a mi propio hermano? ¿Para qué?

—Para quedarse con lo que él robo —dijo Slim sin inmutarse, pero con la dureza del que acusa—. Su hermano logró apoderarse de muchísimo dinero que no ha sido recuperado aún, y que sin duda está oculto en algún sitio. ¿Usted sabe dónde?

La miraba directamente a los ojos. Judith tembló ante la dureza metálica de aquella mirada.

—No. Jamás me lo dijo.

—Sin embargo, usted era su único pariente.

—¿Y qué? Apenas nos habíamos tratado durante toda nuestra vida.

—Señorita Laurent —dijo Slim con paciencia—, el Gobierno, al cual yo represento en esta maldita ciudad, tiene mucho interés en conocer el paradero de lo que su hermano robó. Ni qué decir tiene que usted sería recompensada con una parte considerable si…, en, si usted accediera a colaborar.

—¿Cree que yo sé dónde está esa suma?

—Yo no afirmo; sólo pregunto.

—No sé nada y nunca lo supe; lo dije en el juicio y lo repetiré

hasta que muera.

Slim encendió el cigarro, que aún conservaba apagado entre sus dientes.

—Muy bien, señorita Laurent, yo sólo trato de ayudar al Gobierno, pero al propio tiempo de ayudarla a usted. Casi puedo asegurarle que la creo, aunque me temo que no ocurrirá lo mismo con otros individuos que conocen su historia. Por ejemplo, Brandon.

—¿Cree que él intentará sacar algo de mí?

—De una mujer como usted se pueden intentar lograr muchas cosas, Judith, y no sólo precisamente dinero. Pero como a Brandon es eso lo que más le interesa, me parece muy posible que la acose y no la deje en paz hasta convencerse de que nada sabe. Incluso es fácil que trate de matarla.

Judith se estremeció. No es que tuviera un miedo exagerado a la muerte, pero pensaba en su hija. ¿Quién cuidaría de ella, quién trataría de que no se perdiera en aquellas ciudades del infierno? Además se daba cuenta de que éste era capaz de matarla.

—Si no sé nada, ¿qué puedo hacer? —musitó.

—Quizá con el tiempo recuerde algún detalle que le parezca insignificante, pero que nos pueda servir de mucha ayuda —dijo Slim—. En ese caso venga y dígamelo sin reparos. Insisto en que el Gobierno le sabrá agradecer su ayuda. ¡Ah! ¿Dónde tiene a su hija?

—La cuida la mujer de uno de los guardianes de la cárcel. Se apiadó de ella cuando me encerraron.

—Supongo que querrá tenerla con usted.

—Sí. Apenas consiga trabajo.

—Lamento no poder ser yo quien se lo dé —explicó Slim con indiferencia—, pero le voy a facilitar la dirección de un hombre que estará encantado de proporcionárselo. Él fue amigo de su hermano.

—No sabe cuánto se lo agradezco. ¿Es algo que yo pueda hacer?

—Desde luego.

Slim garrapateó unas notas en un papel, lo dobló y lo entregó a Judith.

—Vaya ahora mismo. No es lejos de aquí.

—Gracias, señor Slim, no sé cómo… Bueno, quisiera decirle que lamento mucho no poder ayudarle.

—Quizá pueda hacerlo, si recuerda algo. Y no lo olvide, sobre todo, que debe desconfiar de Brandon. Él la perseguirá y la atacará

sin duda, no sólo por el hecho de que sea una mujer muy bonita, sino principalmente porque puede conocer el paradero de una bonita montaña de billetes. En ese caso no dude de que yo tengo interés por cazar a Brandon en algo gordo; acuda a mí sea como sea. Le garantizo el apoyo del Gobierno… y el de mi revólver.

Judith susurró:

—Gracias, señor Slim.

Ella desvió los ojos. No podía soportar la dureza metálica e implacable de aquella mirada. Aunque Slim fuera un agente del Gobierno, sus ojos indicaban que era un hombre al que desde Washington pagaban… para matar.

Salió a la calle, donde había una gran animación. Después de tres años de soledad en su celda, todo aquello la aturdía. Buscó la dirección escrita en el papel y tuvo que dirigirse a una pequeña calle lateral, a la que llegó después de escuchar mil frases groseras sobre sus piernas, su cara y su cuerpo. Desde luego no cabía duda de que Carson City se había transformado en la ciudad más violenta que ella conoció jamás.

En la pequeña calle no había más que varios almacenes, la casa de un médico y una tienda abierta con un rótulo encima. Aquella tienda correspondía al número que ella buscaba.

Judith leyó el largo y extraño nombre:

«JEREMÍAS POPOCATEPELT»

Y un poco más abajo, en letras más pequeñas:

«Fabricante de ataúdes»

Y todavía un poco más abajo, en letra menor, el letrero ostentaba la siguiente frase publicitaria:

«Los mejores de todo el estado de Nevada. Pruébelos y se convencerá»

Judith vaciló antes de decidirse a entrar. Todo aquello le parecía

incomprensible y siniestro. Incluso tenía el aspecto de una broma de mal gusto que no podía concebir viniendo de un tipo como Slim, rígido como un poste y tan serio como una tumba.

Pero no había duda de que la dirección era aquélla. Puesto que necesitaba trabajo y ayuda, tenía que decidirse a entrar.

Avanzó unos pasos y se detuvo en el umbral. El interior de la tienda era grande, casi enorme. Había allí unas cuantas mesas de carpintero, herramientas de todas clases para trabajar la madera, y ataúdes sin tapizar, de todas las medidas y clases, apilados por doquier. Un hombre bajito y gordo, algo cómico, en mangas de camisa y con chaleco, llevando sobre la cabeza un sombrero hongo, claveteaba un ataúd mientras iba canturreando una canción referente a una rubia que necesitaba un novio distinto cada semana.

Al verla, el gordo dejó de clavetear. Se le quedó mirando asombrado, y luego intentó seguir trabajando.

De repente lanzó un aullido.

Se había dado con el martillo en un dedo.

Judith lanzó una carcajada. Era la primera vez que reía en mucho tiempo. Y, no supo por qué, se sintió aliviada al ver a aquel hombre, porque le pareció mucho menos peligroso, más humano que los otros. Sus ojos eran cordiales y reflejaban confusión al ver allí delante a una mujer tan bonita.

Judith mostró el papel.

—Me envía el señor Slim —dijo.

—Ah, Slim… Uno de mis mejores clientes…

Judith abrió la boca más de lo que hubiese querido:

—¿Dice que el señor Slim es cliente suyo? ¿Es que se ha muerto ya alguna vez?

—Oh, no… ¡Claro que no! Pero no pasa semana sin que mate a alguien, y siempre me envía el «paquete» aquí. Él corre con todos los gastos. Por eso le tengo en gran estima, y ha llegado un momento en que por cada dos ataúdes que me encarga, le hago uno gratis. Personas como el señor Slim son las que hacen prosperar la industria en una ciudad y las que elevan las cifras de negocios de los honrados comerciantes como yo. Bueno, ¿qué se le ofrece?

—Soy Judith Laurent.

—¿La hermana de Edward Laurent?

—La misma.

—Yo fui muy amigo de ese pobre muchacho —dijo Jeremías con voz plañidera—. ¡Lástima de carrera estropeada cuando pudo haber llegado a la cima de su profesión! Usted no le mató, ¿verdad?

—No —dijo secamente Judith.

—Claro, claro… Ése es un misterio que jamás resolveremos. ¿Por qué no pasa? Le enseñaré algo que su hermano me encargó. Lo tengo ahí desde hace más de tres años.

Judith pasó a otro departamento de la tienda, donde había varios ataúdes tapizados ya y en disposición de ser utilizados por el «cliente». Uno de ellos, tapizado no en color negro, sino de tonos rojos, y magníficamente almohadillado por dentro, llamaba poderosamente la atención.

—Su hermano quería ser enterrado ahí —explicó Jeremías, mostrándolo—, y por eso me lo encargó. Una manía como otra cualquiera, ¿verdad? Pero yo se lo hice a conciencia. Vea, vea… Tapizado de primera calidad. Un almohadillado fuera de serie, y el doble de grueso que en los ataúdes normales. Madera vieja y perfumada. ¡Un sitio, en fin, para sentirse a gusto! Pero como su hermano era un proscrito, las autoridades se encargaron de sepultarlo y lo metieron en un féretro de madera pintada, sin ninguna categoría, hecho sin ningún cuidado. ¡Ya ve! Y esa pieza maestra se ha quedado ahí, sin que nadie la quiera. ¿Por casualidad no le interesa a usted?

—Véndasela a Slim —dijo ella bruscamente.

—No quiere. Dice que es demasiado lujo para los tíos marranos a los que él despacha.

Judith se sentía incómoda. Hasta había empezado a marearse un poco, porque todo aquello le parecía irreal. Con gusto se hubiera marchado de allí, pero aquel gordito de ojos cordiales era la única posibilidad de ayuda que tenía.

—Temo haberme equivocado —dijo al fin—, pero no creo que usted pueda darme un empleo en esto.

—¡Claro que puedo! Sobre todo si la recomienda el señor Slim, cuyos deseos son órdenes para mí. Precisamente necesito una persona que lleve toda la contabilidad de mi negocio, el cual es más importante de lo que parece a primera vista. ¿Usted sabría hacerlo?

—Trabajé durante tres años en el economato de la cárcel. Y llevaba la contabilidad.

—¡Magnífico! Entonces queda admitida. Le daré cinco dólares diarios.

Judith quedó un momento como petrificada. No podía creer que hubiese tenido tan buena suerte. Cinco dólares al día era una suma que hubiera puesto contento a un hombre, y mucho más a una mujer. Con aquello resolvía todos sus problemas.

—¿Le parece poco? —preguntó el gordito, al notar su confusión.

—No, no… Me parece… muy bien.

—Entonces empiece mañana.

—¿No puedo quedarme ya hoy? Es que… la verdad es que no sé adonde ir.

Jeremías sonrió, haciendo un gesto comprensivo.

—Puede quedarse si le parece bien. Tengo un cuarto arriba, y usted lo ocupará. La oficina está tras esa puertecilla. ¡Ah! En esa nota que usted acaba de entregarme, Slim me dice que tiene una hija.

—Sí.

—No la traiga aún. Sé que Brandon la conoce a usted, y estoy seguro de que habrá jaleo. Hasta que las cosas queden aclaradas… más vale que viva usted sola.

—¿Qué es lo que hay que aclarar, señor?

—Lo del dinero que tenía oculto su hermano. ¡Ha de estar en alguna parte, digo yo!

—Me temo que eso no se solucionará nunca. Yo no sé una palabra. ¿O quizá usted tampoco me cree?

—Naturalmente que la creo. Pero Brandon es de otra pasta, ¿sabe? Y hasta el mismo Slim. No he visto tipo que sirva al Gobierno con más entereza y hasta con más crueldad. Si él piensa que usted sabe algo, estará al acecho, aunque el principal enemigo es Brandon. De momento, acepte mi consejo: no traiga aún a su hija.

Judith asintió débilmente. Sentía unos deseos inmensos de verla, de tenerla consigo, pero comprendía que a aquel hombre no le faltaba razón.

En aquel momento Judith sintió que alguien tiraba del borde de su falda.

Casi lanzó un grito, mientras miraba hacia abajo. Y entonces divisó al hombre más pequeño que había visto jamás, un tipo

increíblemente enano que en el primer momento pensó, incluso, que era fruto de una alucinación.

Jeremías lanzó una carcajada.

—Es Rompetechos Joe, mi único empleado. Antes trabajaba en un circo, pero tuvo que dejarlo al romperse una pierna. No haga caso de su talla. Es todo un hombre, y trabaja con tanta rapidez como dos carpinteros normales.

El enano sólo quería darle la mano. Era un tipejo que siempre reía y que parecía muy contento de tenerla allí. Fue él quien le mostró su habitación —una pieza confortable con vistas a la calle—, y quien le dijo que estaba a su disposición para cualquier cosa que necesitase.

La muchacha trabajó todo el día, poniendo en orden una serie de cosas que Jeremías tenía muy descuidadas. Luego, al caer la noche, decidió regresar al hotel donde había estado hospedada para recoger sus pequeñas pertenencias y avisar que se mudaba.

La ciudad estaba tan animada y parecía tan peligrosa como de costumbre, pero Judith la veía ya con otros ojos. Ahora tenía un modo de ganarse la vida, y dentro de poco traería a su hija consigo. Una nueva existencia más digna, más serena, parecía empezar para ella.

Incluso ya no le parecía tan siniestro trabajar en un taller de ataúdes. Se dio cuenta de que dentro de poco se acostumbraría a ellos y los consideraría una mercancía cualquiera. E incluso algunos de éstos llegarían a parecerle bonitos, como a Jeremías y a Rompetechos, que se extasiaban ante algunos modelos, en especial ante el que debió contener el cadáver de su hermano Edward Laurent.

De pronto Judith notó algo raro en la calle. Todo estaba muy animado menos un trozo. Había una parte casi desierta, una zona donde prácticamente no quedaba nadie.

Ella, de todos modos, pasó.

Y fue entonces cuando vio a aquel tipo sentado tranquilamente en un sillón de mimbre, con un largo cigarro humeando entre los labios.

Era Slim.

Slim tenía las manos sobre las rodillas y miraba un punto fijo de la calle donde no había nadie. Parecía no ver nada que no fuese

aquel punto, y sin embargo a ella la vio.

—¿Qué haces aquí, Judith?

—Voy a mi hotel.

—Pues más vale que retrocedas.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿No notas que la calle está muy sola?

Él hablaba sin mirarla, manteniendo quieto el cigarro entre sus labios rígidos.

—¿Ves ese saloon? —preguntó.

—Sí. El que está enfrente.

—Ahí se encuentra alguien que tiene relación contigo.

—No lo comprendo… ¿Quién?

—Uno de los hombres de la banda de tu hermano. ¿O quizá no sabías que tu hermano tenía una banda?

—Claro que lo sabía. Pero no llegué a conocer a ninguno de sus miembros.

—Pues al menos uno de ellos desea encontrarte a ti. Y vendrán otros.

—¿Para qué puede querer verme?

—Seguro que espera que tú le digas dónde está el botín. Ese granuja sabe que el *sheriff* es en este momento un hombre flojo y poco temible, y cree que podrá hacer lo que le venga en gana contigo, sin que nadie le moleste. Pero ignora que en Carson City hay un delegado del Gobierno federal.

Judith titubeó un momento. No acababa de comprender.

—¿Por eso está tan desierta la calle?

—Cuando me han advertido que ese hombre estaba en el saloon —advirtió Slim calmosamente—, yo he venido y me he sentado en este sillón de mimbre. Entonces todo el mundo se ha esfumado. Al granuja le explicarán que yo estoy fuera y que le aguardo. Él querrá eliminar un estorbo como yo, y dentro de poco habrá fuegos artificiales. ¿Comprendes por qué no quiero que te quedes aquí?

Judith musitó:

—Sí, sí, claro…

Pero estaba literalmente aterrorizada. Y era el miedo lo que la mantenía quieta allí, como si le faltaran las fuerzas, como si los ojos helados de Slim la hipnotizasen.

—¿Qué haces? —Gruñó él—. ¿Por qué no te largas?

Ella fue a obedecer, pero ya no le quedó tiempo.

Como si el hombre que estaba aguardando en el saloon hubiera salido despedido de él, los batientes se abrieron de pronto, y un tipo alto y delgado se recortó a la luz. Desde su puesto, en la puerta del saloon, debía ver a Slim, y no perdió tiempo en preguntas. De un modo maquinal sacó su revólver.

Slim parecía esperar aquello.

No se inmutó.

Su mano derecha voló al encuentro de la funda que llevaba un poco adelantada, casi rozando la rodilla. Tiró a través de ella una sola vez, sin moverse, sin pestañear siquiera, pero con una rapidez alucinante. El hombre que estaba en la puerta del saloon lanzó un grito, un estertor ronco, y en seguida intentó enderezarse para apuntar él a su vez. Pero Slim no le dejó tiempo. Aunque le había alcanzado bien, el enemigo no estaba muerto. Slim apretó el gatillo otra vez y le voló la cabeza.

Judith estaba materialmente petrificada.

Tres años sin ver aquello la habían hecho olvidar que así se vivía y se moría en las ciudades de Nevada. Tres años sin pistoleros, sin matones, sin garitos y sin ataúdes le habían llevado a creer que aquello estaba extinguido para siempre.

Pero Slim le demostraba todo lo contrario. Slim, que ni siquiera había pestañeado.

Al fin se puso en pie.

En la calle imperaba el silencio.

Bajó del porche, y el sonido tintineante de sus espuelas fue lo único que se oyó durante algunos espantosos segundos. Llegó hasta el cadáver, que había caído rodando sobre el polvo de la calle, y le dio la vuelta con su bota.

—Efectivamente —dijo—. Es él.

Jeremías apareció como por encanto. Miró al muerto y luego al hombre que lo había «fabricado». Se frotó las manos satisfecho.

—¿Qué? ¿Tomo medidas?

—Como gustes.

—Éste le sale gratis, señor Slim. Su «producción» fue muy alta durante la semana pasada.

—Es que esto está lleno de granujas —masculló Slim—. Y de gente que dispara sin avisar y que mata como aquel que dice por

gusto. ¡Qué asco!

Volvió al porche, donde estaba Judith, la cual le miraba como una obsesionada.

—He oído sus palabras, señor Slim.

—¿Y qué?

—Usted es de los que disparan sin avisar y matan casi por gusto. Usted es de los que dan asco.

—¿Querrás decir que sentías alguna simpatía por ese granuja ayudante de tu hermano?

—Ni siquiera lo había visto jamás, pero era un ser humano.

—Un tipo que trataba de apiolarme. ¿No viste cómo salió del saloon? Llevaba la mano sobre la culata cuando empujó los batientes. Sabía que yo estaba aquí, aguardando, y quería sorprenderme, ser el más rápido. Pero aún tenía mucho que aprender.

—No comprendo cómo pudo darle, señor Slim —dijo ella de pronto—. Vi perfectamente que no le apuntaba.

—Veo que tú también tienes mucho que aprender, hermosa imbécil. ¿Por qué crees que me había colocado frente a la puerta? ¿Por qué imaginas que tenía la funda en una posición determinada? Porque con ella apuntaba ya hacia el lugar por donde él tenía que salir. Me bastaba con apretar el gatillo para enviarlo al infierno.

Judith iba de asombro en asombro.

No podía concebir aquella frialdad, aquel modo técnico de producir la muerte.

En aquel momento apareció el *sheriff*. Tenía una pinta de despistado que tumbaba de espaldas. Se veía en seguida que era uno de esos tipos que llegan al lugar de los crímenes cuando ya la víctima está enterrada y el asesino está empezando a tomar cosas para no morirse de viejo.

Miró el cadáver.

—¿Algo que objetar, *sheriff*? —preguntó tranquilamente Slim, desde el porche.

—Nada, señor Slim. Es un forajido muy buscado. Usted está matando a mucha gente en Carson City, pero toda es de calibre.

—Pues a ver cuándo me dan una medalla.

Hizo un gesto, mirando a Judith, como si despachase a un perrillo.

—Y ahora, largo de aquí.

En aquel momento se escuchó una voz surgiendo de las sombras que envolvían el porche.

—No me gusta cómo trata usted a esa mujer, amigo mío.

Slim volvió ligeramente la cabeza y miró al tipo que le hablaba así. Era un hombre alto, hercúleo, vestido como un vaquero, y que llevaba dos revólveres. Sus ojos desafiantes y duros indicaban que era un pistolero profesional o le faltaba poco. Debía tener la misma edad de Slim, es decir unos veinticinco años.

Slim musitó:

—¿Qué es lo que no le agrada, compadre?

—Su modo de actuar. Ha hecho un gesto a esa mujer como si despachase a un perrillo.

—¿Y eso qué le importa?

—La chica es muy bonita.

—No digo lo contrario.

—Una mujer de esa clase merece ser tratada con todos los respetos.

Slim le dirigió una sonrisa lejana, helada.

—Yo trato a las mujeres como me da la gana. ¿Sabe quién es ésta?

—¿Quién?

—Una ex presidiada.

Judith enrojeció de repente, apretando los puños al oírse insultada de aquel modo delante de todo el mundo.

—¿Tenía necesidad de decir eso? —barbotó.

—¿Acaso no es cierto?

—Yo ya pagué mi culpa. Un delito que no cometí… Nada le da derecho a mencionar mi pasado.

—Pero es cierto —dijo secamente Slim—, y quizá convenga que los imbéciles como este tipo lo sepan. Y ahora lárguese usted también, amigo. Váyase con sus cuatro patas, como un perrillo, antes de tener que hacerlo a hombros, como un muerto.

El desconocido fue a llevar la mano a su revólver derecho. Slim se movió también con fulminante rapidez. Durante unas décimas de segundo, la sombra de la muerte flotó entre los dos hombres.

Pero la voz del *sheriff* sonó como un trueno:

—¡Quietos!

Los dos hombres relajaron sus músculos un tanto. A partir de aquella orden del *sheriff*, cualquiera de los dos que matase al otro sería acusado de asesinato. Slim sonrió con suavidad, y sus ojos parecieron calcular las dimensiones del enemigo para encargar ya su ataúd.

—¡Quietos! —repitió el *sheriff*—. No sé por qué infiernos disputan, pero no puede ser nada grave. Y le advierto a usted, Slim, y a usted cómo se llame, que no toleraré más muertes esta noche. ¡Despejen la calle! ¡Y el que no esté satisfecho terminará en la cárcel!

Slim levantó el brazo derecho, indicando que ya no pensaba tocar el revólver.

—Quiero saber su nombre, amigó —musitó.

—Me llamo Tuck.

—Muy bien, Tuck, si aprecia en algo su piel lárguese de la ciudad. No soy de los que buscan camorra, pero tampoco aguanto que me la busquen a mí. Y como usted me parece un gallo de pelea, le aconsejo que cuide sus plumas. Si vuelvo a cruzarme con usted lo ignoraré. Pero si intenta dirigirme la palabra, aunque sólo sea para preguntarme la hora, lo dejo seco. ¿Comprendido?

El otro sonrió secamente. Sus ojos desafiantes sostenían la mirada de los ojos fríos de Slim. Y al fin se encogió de hombros, con la expresión del que deja pendiente un asunto sin importancia.

—Tenga la seguridad de que le preguntaré la hora… —susurró —, amigo.

Y se largó, pasando muy cerca de Slim y del vigilante *sheriff*. Judith sentía que su corazón latía dolorosa y sordamente. Cuando Tuck hubo desaparecido, dirigió a Slim una mirada donde había reproche y rencor y corrió hacia el hotel.

Muy poco después había recogido sus pertenencias y volvía al taller de Jeremías Popocatepelt, donde iba a vivir a partir de ahora.

Pero la puerta, que ahora estaba oscura y siniestra, le produjo un efecto muy distinto al de la mañana. Los relieves de los ataúdes parecían sobrecogedores al débil resplandor de la luna. El silencio que imperaba allí dentro llegaba a helar los huesos.

Pero Judith ya conocía dónde estaban colocadas todas las cosas, y entró dominando su temor. Palpó el quinqué situado sobre la mesa de carpintero, y cerca del cual había siempre fósforos. Rascó

uno y encendió el quinqué.

Su mirada se extendió por la pieza, captando los relieves que dejaba entrever el débil resplandor.

Y fue en ese momento cuando de verdad sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Fue entonces cuando lanzó un grito de miedo, porque acababa de ver un hombre tendido en uno de los ataúdes, espantosamente quieto, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Pero aquel hombre había desviado los ojos para mirarla.

Judith estaba a punto de caer. Necesitó apoyarse en el banco de carpintero, mientras se llevaba la mano derecha al corazón. El hombre que estaba en el ataúd se sentó entonces de pronto.

—¿Qué le ocurre?

Su voz era tranquila. Daba la sensación de que no entendía por qué diablos Judith se había asustado tanto.

—¿Y usted lo pregunta? —musitó ella—. ¿Qué hace ahí?

En aquel momento, antes de que, el otro pudiera responder, se oyó en la puerta la voz sorprendida de Jeremías.

—¡Señor Donald! ¿Es que otra vez ha venido a descansar?

El llamado señor Donald salió del ataúd tranquilamente.

—Sí, pero ya ve usted que no me dejan.

—Oh, perdone… Había olvidado advertir a mi nueva empleada. Le presento a la señorita Judith Laurent.

—Encantado.

Donald le tendía la mano. Ella no la aceptó porque sólo al pensar en estrecharla le acometía una sensación de frío.

—El señor Donald quiere comprarme un ataúd —explicó Jeremías—. Y de vez en cuando prueba algunos de los últimos que fabrico. Pero no se decide nunca.

—¿Quiere comprarse… un ataúd? —farfulló Judith.

—¿Y qué tiene eso de extraño? Los chinos, un pueblo civilizadísimo, consideran un regalo de excelente gusto un buen ataúd donde reposar eternamente. ¿Qué hay de malo en ello? ¿No elige usted su cama, donde, como máximo, descansará unos años? ¿Por qué no elegir un mueble en el que se va a permanecer toda la eternidad?

—Es que…

—¿Le parece de mal augurio? ¡Idioteces! —Donald alzó las

manos, como poniendo al cielo por testigo—. Todos sabemos que hemos de morir, y el olvidarlo no retrasará la hora. Además, ¿no hay familias que construyen un panteón para cuando los seres queridos fallezcan? ¿Por qué no elegir los «muebles» que han de ir dentro?

Judith no pensaba discutir aquello. La lógica del tal señor Dormid podía ser todo lo irrebatible que se quisiera, pero a ella le parecía un maniático.

—Yo siempre intento venderle el ataúd rojo —musitó Jeremías —. El que era para el hermano de usted. Pero no quiere.

—El almohadillado es incómodo —gruñó Donald.

—¡Pero si eso es lo mejor que tiene!

—¡Le digo que es incómodo! ¡Y basta de monsergas!

—Se lo dejo a mitad de precio, señor Donald. La mitad de lo que le dije la otra vez.

—Ni hablar. No me gusta.

Judith decidió no oír más. Se sentía trastornada, atónita, y fue corriendo a su habitación del piso superior, mientras le parecía estar viviendo una angustiosa pesadilla.

Una vez encerrada allí, y después de estar un buen rato a solas, se fue sintiendo mejor.

No debía dejarse impresionar por todo aquello. Al fin y al cabo, cada negocio tenía «sus cosas». Aquellos tipos de abajo vendían ataúdes como otro hubiera ofrecido hortalizas. Y debía reconocer que la habían tratado mejor que nadie hasta entonces.

No era justo que se asustase.

Allí, al fin y al cabo, podría empezar a rehacer su vida. Podría volver a ser una mujer respetada, aunque nunca más fuese feliz.

Tendría paciencia y trataría de amoldarse a aquella nueva existencia. Era lo mejor.

Sin embargo, pese a estos pensamientos con los que intentaba tranquilizarse, una sensación oscura, dormida en su interior, seguía pinchando en sus nervios. No sabía bien por qué, pero tenía la impresión de estar viviendo un misterio; una trama en la que ella, sin quererlo, era la principal protagonista.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Jeremías le preguntó, mientras desayunaban, si tenía idea de dónde pudo ocultar su hermano Edward la fortuna que llegó a robar en varios de sus golpes, y que materialmente no había tenido tiempo de gastar. Por lo visto, aquello era un tema de conversación que los habitantes de Carson City no podían apartar de su pensamiento.

Ella dijo que nada sabía. Que jamás había tenido con su hermano relaciones de aquella clase.

—Pero usted era la persona que estaba más cerca cuando él fue hallado muerto.

—He explicado eso cien veces… ¡Por Dios! ¿Es que toda la vida van a atormentarme con la misma historia? Yo acababa de llegar a la casa cuando entraron los hombres del *sheriff*. Sabía que mi hermano estaba allí y deseaba hablar con él. Pero le habían asesinado ya… Lo habían matado con un arma muy extraña, un puñal curvo… ¿Es que no me creen? ¿Por qué todos han de pensar que trato de ocultar algo?

Jeremías hizo un gesto presuroso, deseando calmarla.

—Por favor, a mí no me importa eso… Sólo hablo porque sé que hay gente interesada en hallar esa cantidad. Brandon es el primero de ellos. No debe fiarse… En cambio, si recuerda algún detalle que pueda orientar a la ley, saldrá ganando. Slim tiene facultades para premiarla. Es el delegado del Gobierno federal.

Judith se llevó un momento las manos a la cabeza, mientras cerraba los ojos.

—¡No sé nada! ¡Por Dios, créanme! ¡No sé nada!…

—En ese caso nada tiene que temer —dijo consoladoramente el hombre—. Por cierto, ¿le importaría llevar un par de papeles a Slim

para que los firme?

—¿Papeles de qué clase?

—La nota de los últimos trabajos que he hecho para él. Necesito su conformidad. Al final de mes arreglaremos cuentas.

—Claro que lo haré —susurró ella.

—Parece que no le es simpático el señor Slim. Si le molesta, iré yo mismo.

—No, no, yo soy su empleada… Lo haré con mucho gusto.

La muchacha tomó los papeles que le daba Jeremías, dirigió una sonrisa a Rompetechos, que estaba cepillando unas tablas, y salió a la calle. No le daba vergüenza hacer recados de aquella clase, puesto que al fin y al cabo era un modo honrado de ganarse la vida. Pero la desasosegaba pensar que iba a encontrarse de nuevo ante los ojos helados de Slim. ¿Qué sentía por él? ¿Miedo? ¿O quizá era un poco de odio?

Salió de la pequeña calle donde estaba situado el taller de Jeremías, e iba a doblar ya hacia la vía principal de Carson City, cuando de repente le pareció ver que una sombra surgía a su espalda.

Trató de volverse, lanzando un grito, porque le había parecido adivinar el peligro, pero ya no llegó a tiempo. En ese momento un choque horrísono pareció hacerle estallar la cabeza. Judith lanzó un gemido y cayó de rodillas, mientras el mundo entero parecía dar vueltas en torno suyo.

—Es muy bonita…

—Y tiene unas piernas deliciosas.

—La mejor hembra de Carson City.

Las voces iban y venían, llegando hasta el cerebro de Judith y esfumándose en seguida como si fueran tragadas por una espesa niebla. La mujer se daba cuenta confusamente de que estaba atada a una mesa, y de que debían haberle arrancado al menos parte de sus ropas. Pero todo aquello le era un poco indiferente, como si no le sucediese a ella, sino a otra mujer. No podía darse cuenta de que aún no había recobrado el conocimiento del todo y no tenía plena conciencia de sí misma.

De pronto oyó una voz que le hizo casi dar un brinco.

—¡Callaos! ¡Y basta de decir que es una mujer bonita!

¡Era la voz de Brandon!

Judith se dio cuenta entonces de la clase de trampa en que había caído, y gimió horrorizada mientras abría los ojos. El rostro congestionado de Brandon fue lo primero que vio.

La habían sujetado a una mesa, y su falda estaba subida hasta más arriba de las rodillas. Así los tres hombres que estaban en la habitación, y que Judith no conocía gozaban de una diversión muy a su gusto. Pero era Brandon el que le daba más miedo; Brandon, con sus ojillos donde brillaba la furia.

—Parece que no te sientes muy cómoda, ¿no es así? —preguntó con voz sibilante—. A ninguna princesa como tú le gusta estar atada y enseñar las piernas a unos cuantos pistoleros, ¿verdad? Pero debes mirarles bien, porque vas a tener mucho que ver con ellos. Quiero que digas todo lo que sabes acerca del lugar donde tu hermano escondía el producto de sus robos.

—No lo sé… —gimió la mujer—. ¿Es que todo el mundo está obsesionado con lo mismo? ¡Lo ignoro! ¡He jurado cien veces que no sé nada!…

—Ya cambiarás de opinión —dijo suavemente Brandon—. Sé que mientes, pero eso durará poco. ¿Sabes lo que te tengo preparado?

Y señaló a los tres hombres. Éstos le miraban con ojos ansiosos, como fieras dispuestas a saltar sobre su presa.

Y Judith adivinó lo que Brandon pretendía. Y todos sus músculos, todos sus nervios, toda su sangre se estremecieron de horror.

Sabía que nadie podría salvarla.

La peor amenaza que podían hacerle, el más terrible castigo que podía esperar, había sido ya decidido por Brandon y sus granujas. Había entrado allí siendo una mujer, pero dentro de poco sería una muñeca rota que pediría la muerte.

Brandon se acercó más a ella. Su aliento llegó al rostro de la muchacha, produciendo una crispación en ésta.

—¿Aún no te decides a hablar?

Judith pensó desesperadamente en la conveniencia de dar a aquellos granujas una pista falsa. Luego la comprobarían y quizá sería peor, pero al menos saldría de aquel terrible momento.

Ignoraba que muy pronto iba a correr la sangre de nuevo, que a no tardar la ciudad sería sacudida otra vez por el volcán de la

violencia.

CAPÍTULO V

Tuck encajó bien sus dos revólveres en las fundas, se echó un poco el sombrero hacia atrás y se acercó al mostrador de recepción del hotel, donde en aquellos momentos se encontraba la hija del dueño, una rubita de unos diecisiete años, bonita y fina como una muñeca.

—Hola, preciosidad.

Como el hotel era el mejor de Carson City y los precios que se cobraban allí eran altos, ella dijo con amabilidad:

—Buenos días, señor.

—Quisiera preguntarte una cosa.

—Si desea saber cuál es mi día libre, lamento no poder contestarle, señor. Estoy prometida, y además mi padre siempre me acompaña.

Los ojos burlones de Tuck recorrieron las líneas mórbidas y juveniles de la rubia.

—No, no quería saber eso. Deseaba preguntar por un hombre. Un sujeto llamado Slim.

Ella parpadeó.

—¿Tiene negocios con él, señor?

—Bueno, así, así…

La muchacha entendió. Se dio cuenta de lo que Tuck quería decir con su gesto.

—Entonces lo que tiene son… bueno… ¿ganas de matarlo?

—Ujú.

—Slim es un hombre muy peligroso, señor.

—Ése es asunto mío. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Vive unas casas más abajo, señor. En el número dieciocho. Pero si quiere un consejo, yo…

—Los consejos se los das a tu novio, nena —dijo Tuck fríamente

—. Yo a ese tipo tengo que preguntarle algo.

—¿Qué, señor?

—La hora.

Y salió a la calle. Fue en línea recta hacia el lugar donde le habían dicho que vivía Slim.

Tuvo una cierta sorpresa al ver a éste salir de su casa y dirigirse al final de la calle. Parecía ir a un sitio determinado.

Y Tuck, picado por la curiosidad, decidió seguirle.

¿Qué más daba matarlo un poco antes… o un poco después?

Tuck siempre había creído que los trabajos hay que terminarlos cuanto antes, y que a un enemigo peligroso, como sin duda era Slim, hay que liquidarlo a la primera oportunidad, apenas se le tiene de espaldas, porque de lo contrario nadie sabe lo que puede ocurrir.

Ahora Slim estaba de espaldas a él. Y parecía descuidado. Cualquiera hubiese dicho que su mente estaba en otra parte, que no podía ni siquiera imaginar que un asesino le estuviese siguiendo.

Tuck rozó suavemente el revólver, pensando en sacarlo y hacer fuego dos veces contra la nuca de Slim. Seguro que acertaría antes de que él pudiera volverse.

Pero esta vez pudo más la curiosidad. ¿Hacia dónde se dirigía aquel tipo? ¿A quién quería ver en la ciudad?

Porque Tuck, instintivamente, con ese especial olfato de los pistoleros profesionales, había adivinado ya que Slim pensaba matar a alguien.

CAPÍTULO VI

Brandon abofeteó dos veces a Judith, rabiosamente. Su mano, grande y dura, parecía la de un auténtico desollador de reses. La muchacha gimió, mientras sus labios quedaban partidos y su boca se llenaba de sangre.

—¡Tú conocías bien a tu hermano! ¡Eras la única persona en quien Edward tenía confianza! ¡Vas a decirme dónde ocultaba el dinero o no saldrás viva de aquí!

La frase no era vana. No era una de esas amenazas que sólo se dicen para asustar. Judith se daba perfecta cuenta de lo que pretendían de ella y de lo que harían con su cuerpo antes de matarla.

—Mi hermano nunca me explicó nada —dijo débilmente—. Apenas nos veíamos. No teníamos nada en común, como si fuéramos dos desconocidos… Si él ocultaba dinero… fue un secreto que se llevó con él.

—Nadie se lleva a la tumba un secreto de esa clase. Puesto que él podía confiar en ti, te debió decir dónde estaba el escondite, por si algo le ocurría. ¡Y tú lo sabes! ¡Y vas a decirlo ahora!

Judith movió la cabeza de un lado a otro, desesperadamente, mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¡No podéis hacerme eso! ¡Ésta es una ciudad donde hay ley! ¡No podéis hacerlo!

Brandon rió secamente.

—¿Crees que no? ¿Quién sabe que estás aquí? ¿Quién piensas que va a venir a ayudarte?

Ella levantó la cabeza para encontrarse con las expresiones regocijadas de aquel grupo de granujas. Y como una aguja envenenada penetró en su cráneo la certeza de que, efectivamente,

nadie sabía que estaba allí. Y de que ninguno podría salvarla.

—Mi hermano nunca me explicó nada… —gimió—. Nunca…

—Eso de hacerse el ignorante está ya muy gastado, pequeña. No nos convencerás. Y te advierto por tu propio bien que nuestro jefe está dispuesto a llevar las cosas hasta el fin.

Otra vez Judith levantó la cabeza, ahora bruscamente y con una expresión de sorpresa.

—¿El jefe? ¿Es que hay alguien más canalla que usted, Brandon? ¿Alguien que está por encima de usted?

—Sí, pequeña. Y, como te digo, se trata de una persona que no está dispuesta a perder el tiempo.

Otra vez su derecha se aplastó dos veces sobre el rostro de Judith, haciendo que la cabeza de ésta fuera de un lado para otro, mientras que de sus labios partidos volvía a brotar intensamente la sangre.

—Por ese camino no conseguiremos nada, Brandon —dijo uno de los que se encontraban en la habitación—. Hay que emplear algo que la asuste un poquito más. Por ejemplo, empezará a tener ganas de hablar cuando se encuentre desnuda sobre esa mesa.

Brandon rió quedamente.

La idea debió parecerle muy divertida. Examinó con ojos complacidos las curvas juveniles, pero voluptuosas, del cuerpo de Judith.

—¿Y por qué no? —dijo con voz tensa.

Su derecha se movió otra vez, pero ahora no para abofetear a la prisionera, sino para tirar de las ropas de ésta. Un trozo de la parte superior del vestido de Judith fue desgarrado, mostrando la fina ropa interior y el nacimiento de los senos.

Ahora Judith lanzó un grito lacerante. Esto le hacía más daño que si hubieran quemado su piel con un hierro al rojo vivo. Notó que también la despojaban a tirones de su falda, quedando al descubierto las hermosas piernas adornadas por las medias.

—¿Te decides a hablar ahora? —masculló Brandan—. ¿Quieres decirnos lo que sepas de una maldita vez?

—Yo… ¡Mi hermano nunca me dijo nada…! ¡Nada!

Brandon masculló:

—Muy bien, ya se le saltará la lengua cuando comencemos a divertirnos con ella. Yo empezaré, muchachos.

Todos lanzaron a la vez una salvaje risotada al ver las convulsiones desesperadas de Judith. A ésta le parecía aún increíble que todo aquello pudiera suceder, y que estuviese ocurriendo precisamente en el centro de una ciudad donde había *sheriff*, y además un representante del Gobierno federal. ¿Pero quién sabía que estaba allí? ¿Quién podría ayudarla?

Se convenció de que estaba definitivamente perdida cuando unas manos ávidas se posaron en sus piernas, cuando ascendieron como reptiles a lo largo de su cuerpo.

Y en aquel momento, cuando ya se creía más perdida, cuando ya iba a pedir que la matasen de una vez, alguien lanzó un chillido de angustia en el exterior de la sala.

Era el grito de un hombre al que parecía como si estuviesen arrancando la piel.

—¡Cuidado, Brandon! ¡Él está aquí!

Él parecía ser alguien conocido del dueño del saloon, porque inmediatamente éste se puso en movimiento. Extrajo un revólver de su funda axilar y apuntó hacia la puerta, pero en aquel momento pareció como si un verdadero huracán se hubiese abatido sobre ésta.

La hoja de madera saltó de sus goznes. Uno de los pistoleros que estaba junto a ella recibió parte del descomunal empuje y cayó al suelo lanzando maldiciones.

Antes de que aquel tipo pudiera darse cuenta exacta de lo sucedido, ya el recién llegado lo había puesto en pie con una de sus zarpas y lo empleaba como parapeto, mientras con la otra mano encañonaba el interior de la habitación con un revólver.

Judith barbotó, todavía sin poder creerlo:

—¡Slim!

¿Pero por qué sintió tanta alegría y al mismo tiempo tanto dolor al verle? ¿Por qué le dio tanta vergüenza que él contemplase su desnudez de aquel modo?

Brandon rugía de rabia, no atreviéndose a disparar porque podía matar a su compañero y porque Slim llevaba un «Colt» en la derecha. Y demasiado sabía todo el mundo cómo las gastaba aquel tipo para atreverse a jugar con él.

Slim barbotó:

—Soltad las armas.

Todos obedecieron. Ni uno solo de aquellos hombres se atrevió a desobedecer aquella orden dada con voz seca, autoritaria y dura. Los ojos de Slim parecían, además, los de un verdugo que se dispone a abrir la trampilla bajo los pies del condenado.

Los revólveres produjeron un sonido metálico, como de losas funerarias de bronce, al caer a tierra.

Brandon farfulló:

—¿Cómo has podido saber…?

—He entrado en tu cochino saloon a tomar una copa y echar una ojeada —explicó Slim—. Ya sabes que no quiero perderme detalle de lo que estás haciendo. Y entonces he visto dos hombres de guardia en la puerta que da a la parte trasera de tu maldito tugurio. Eso me ha hecho sospechar que ocultabas algo importante, y he pedido con mucha cortesía a tus dos gorilas que me dejasen entrar.

—¿Tú empleando amabilidad? ¿Qué clase de modales has gastado con ellos?

—Hombre, no pueden quejarse. A uno sólo le he machacado la cabeza y al otro le he roto un pie, para que la cosa quedase bien repartida.

Miró con expresión helada a todos los que estaban en la habitación, y barbotó:

—¡Desnudaos!

—¿Qué?

—¿Cómo?

A los pistoleros se les salían los ojos de las órbitas ante aquella orden incomprensible.

—Vais a quedaros solo en calzoncillos —dijo Slim—. Todos menos Brandon. A Brandon me lo reservo para clavarle una bala entre las dos cejas.

Los pistoleros comprendieron que aquella orden no admitía réplica. Con movimientos presurosos empezaron a desprenderse de sus ropas hasta quedar solo en calzoncillos, como pájaros pelados. Todos ellos miraban a Slim con expresión atónita, como preguntándose qué diablos iba a hacer ahora.

Slim barbotó:

—¡A la calle!

—¿Queeeé?…

—¡He dicho que a la calle! ¡Largo!

Tiró a los pies descalzos de uno de ellos, que dio un cómico salto. Todos salieron en procesión a la calle, con los brazos en alto y sin llevar encima más que los calzoncillos largos que les cubrían hasta media pierna. Las risotadas del público que en aquel momento pasaba por la calle principal de Carson City, debieron oírse hasta al otro lado de las Montañas Rocosas.

Brandon tenía las facciones color púrpura.

Con labios temblorosos preguntó:

—¿Era necesaria esta humillación?

—¿Qué habéis hecho vosotros con ella?

—Es que…

—¡Cúbrela con algo! ¡Tápala antes de que te mate!

Una alfombra del suelo sirvió para lo que Slim exigía. Brandon parecía temblar ante cada nueva orden del
gun-man.

Slim dejó entonces que una sonrisa helada apareciera en sus labios. Era como la mueca de un animal carnicero antes de saltar sobre su presa indefensa.

—Voy a darte una oportunidad para que te defiendas, Brandon. Empuña tu revólver.

—¡Tú no puedes hacer eso! ¡Estoy en mi propia casa! ¡El *sheriff* dirá que es un asesinato!

—¡He mandado que empuñes tu revólver!

Brandon, temblorosamente, fue a recoger su arma. La sonrisa de Slim se iba haciendo por momentos, más ancha, más cruel.

Y en aquel momento el *sheriff* apareció jadeante en la puerta.

—¿Qué ocurre aquí?

Slim hizo una mueca de contrariedad.

—No estorbe, *sheriff*.

—¿Qué se propone?

—Administrar justicia.

—¡Usted no tiene autoridad para eso! ¡No puede hacerlo!

—¿No puedo matar a una alimaña a la que además dejo defenderse? ¿Por qué no?

—Slim, baje ese revólver de una maldita vez —barbotó el *sheriff* —. Estamos en una tierra que quizá, con los años, llegue a ser civilizada, y por algún sitio tenemos que empezar. Le prohíbo

terminantemente que un hombre como Brandon, al que conozco, sea liquidado en su propia casa. Si tiene algo de que acusarle, hágalo delante mío.

—Le acuso de secuestro y de intento de violación.

—¿Sabe que eso es grave? ¿Que eso puede significar una condena a muerte?

—¿Qué cree que pensaba hacerle yo con el revólver? —masculló Slim—. ¿Caricias, quizá?

—Por lo que veo, he de alegrarme de haber llegado a tiempo —barbotó el *sheriff*—. Cursaré su denuncia, Slim, siempre que se avenga a firmarla en mi oficina. Y ahora lárguese de aquí. Brandon, queda provisionalmente detenido.

Brandon fue a protestar.

—Oiga, yo…

—¡Basta! ¡Lo enchirono hasta ver en qué para la denuncia de Slim! ¡Y encima puede estar contento! ¡He llegado a tiempo de evitar que le escabechase y le metiese en uno de esos malditos ataúdes que fabrica Jeremías!

—Antes de ir a la cárcel ha de hacer una cosa, *sheriff* —gruñó Slim—. Brandon tiene que darle vestidos nuevos a esta mujer.

—¿De dónde los saco? —Gruñó Brandon.

—De los que tienes para tus bailarinas, granuja. ¡Y pronto!

Brandon no se resistió más. Hizo una seña a una sirvienta negra que, muy asustada, había aparecido en una puerta interior, y ésta se alejó, reapareciendo muy poco después. En sus brazos había una verdadera pila de vestidos de todos los colores y tamaños.

—Que la señorita se quede el que le vaya mejor —dijo ceceando.

—Usted la desatará y la ayudará a vestirse —decidió Slim—. Y ahora vayamos todos fuera.

De un empujón sacó a Brandon, que quedó tambaleándose en mitad de su propio saloon.

Todos los demás pistoleros, en calzoncillos, habían entrado ya, y se contemplaban avergonzados en los grandes espejos del local. Una verdadera multitud se había congregado en la puerta, y las carcajadas hacían temblar las paredes. Hasta los chiquillos de la única escuela de Carson City se habían escapado de clase y presenciaban el espectáculo lanzando gritos y hurras. La vieja maestra les perseguía a palmetazos, tapándose los ojos cada vez que

estaba a punto de tropezar con uno de aquellos tipos medio desnudos que ya no sabían dónde meterse.

Slim dijo a Brandon:

—Ordene a sus hombres que ahuequen el ala cuanto antes. Yo esperaré aquí a Judith.

—Yo también —dijo una voz.

Slim miró con curiosidad al tipo que acababa de hablar, un pistolero alto y fuerte que estaba sentado en una silla y tenía las piernas negligentemente apoyadas en una mesa.

Los labios de Slim se distendieron en otra de aquellas sonrisas heladas, mortales.

—Usted se llama Tuck, ¿verdad?

—Ujú.

—¿Qué quiere ahora?

Tuck preguntó tranquilamente:

—¿Qué hora es?

Slim echó un poco hacia atrás la cabeza. Se daba cuenta del desafío y lo que aquello significaba.

—No quiero matarle sentado, Tuck —dijo suavemente—. Más vale que se ponga en pie.

—¿Por qué? Así estoy cómodo.

—Ese truco de estar sentado ya lo he empleado yo muchas veces —dijo Slim—. Tiene el revólver apoyado en una pierna y orientado hacia mí, de modo que le bastará apretar el gatillo y tirar a través de la funda. Pero a mí no me la pega, amigo. Va a ponerse en pie antes de que le mate.

Tuck sonrió también.

—La verdad, le creía más tonto.

—¿A qué distancia prefiere que le mate? —susurró Slim.

—¿Es que en eso también hay gustos?

—También. A menor distancia, más chamuscado queda el cuerpo del muerto a causa de la bala. Le permito elegir.

Tuck dijo sombríamente:

—Estamos bien así.

El *sheriff* escuchaba atónito aquellas palabras y presenciaba la escena sin decidirse aún a intervenir, tan asombrado estaba. Su ciudad era mala, pero últimamente había pasado a convertirse en un infierno. El hombre de la estrella se sentía tan desbordado por

los acontecimientos, que no sabía ya adonde acudir.

Pero en aquel momento se abrió la puerta que daba a la parte posterior del saloon y Judith apareció en ella. Ya se había limpiado las facciones, y en sus labios no quedaba ni rastro de la sangre causada por los golpes. Llevaba un vestido rojo muy ceñido a sus formas, que la hacía enloquecedoramente bonita. Al tener que ponerse prendas de las que usaban las bailarinas del saloon de Brandon, su belleza se había transformado en algo que producía como un rudo impacto, que ejercía sobre los sentidos de los hombres una llamada animal, poderosa, violenta.

Con una sola ojeada se dio cuenta de lo que iba a ocurrir y murmuró:

—¿Es que sólo saben vivir peleando?

No se le ocurrió decir nada más. No podía ya concebir a Slim sin un revólver y teniendo enfrente a un enemigo a quien matar. Pero por lo visto aquel otro tipo, Tuck, era la horma de su zapato.

Fue Tuck el que dijo lentamente, arrastrando las palabras:

—La chica me agrada, Slim, y por eso pretendo quitarte de en medio. Porque adivino que te gusta a ti también.

Slim distendió los labios burlonamente.

—Ninguna mujer me interesa —dijo con frialdad.

—Ésta sí.

—Me importe ella o no, tú ya te has cruzado dos veces en mi camino, y eso no me ha ocurrido nunca. De modo que elige el momento. Da tú mismo la voz de fuego.

Se oyó un grito. Judith se había puesto bruscamente entre los dos, en mitad del camino que habían de seguir las balas.

—¡Aparta, loca! —masculló Slim.

—No me moveré de aquí.

—Creo que es ella la única persona con sentido común que hay en la ciudad —dijo el *sheriff* bruscamente, saliendo de su marasmo —. Si solamente van a matarse por una mujer que no pertenece a ninguno de los dos, acusaré oficialmente de asesinato al que quede vivo. Y usted, Tuck, o como se llame, empiece por largarse. Es forastero en esta ciudad; nadie le conoce. Si lo que busca son jaleos, me veré obligado a meterle entre rejas por una temporada.

—A mí quizá no me conozca, pero a mi padre seguro que sí — dijo Tuck con suavidad.

—¿Su padre? ¿Quién diablos es?

—Uno de los propietarios de minas más importantes de la zona norte del territorio —explicó uno de los que estaban en el saloon—. Y yo conozco a este muchacho y respondo por él. No le gusta la vida cómoda y va por ahí buscando aventuras. Algo camorrista sí que lo es, pero siempre ha dado la cara.

Slim susurró:

—Un niño bonito, ¿eh?

—Si fuese eso que dice, estaría con mi padre.

—¡Basta! —gritó el *sheriff*—. Le ordeno que se marche, Tuck. Y usted, Slim, no acerque la mano al revólver.

Slim mostró los dedos como un jugador de naipes que indica no quiere hacer trampas.

—Usted le ha salvado la vida, *sheriff*.

Judith comprendió en aquel momento que la tensión disminuiría si ella marchaba de allí. Su presencia había provocado aquello, y su ausencia haría que todo volviese a la calma. Además, necesitaba volver a su trabajo.

Se dirigió a la puerta y salió, apartando a la muchedumbre que la taponaba.

Pero una vez en el porche se encontró con un rostro, con unos ojos, y vio una sonrisa que había esperado no volver a ver jamás.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

El tipo estaba apoyado en una de las columnas, con una pastilla de tabaco para mascar entre los labios, la contempló burlonamente, pero dejando que sus ojillos ávidos fueran recorriendo una por una las líneas pictóricas del cuerpo de Judith. Era un hombre de unos treinta años, que vestía buenas ropas vaqueras, pero cubiertas de polvo, como si acabase de realizar un largo viaje. Su sonrisa mostraba unos dientes amarillentos, a causa del tabaco de mascar. Su aliento apestaba a distancia.

Llevaba dos revólveres y parecía muy complacido de haber encontrado a Judith tan hermosa.

—Estás más linda que cuando te conocí —musitó—. Es una agradable sorpresa…

Judith estaba prácticamente muda. No podía ni respirar. Sus ojos, dilatados por el horror, miraban con asombro al pistolero que estaba frente a ella.

Éste continuó:

—La cárcel te ha sentado bien. Te encuentro más mujer, más… más llenita. Pienso pasarlo muy bien contigo esta noche, nena.

La respiración de Judith era una especie de silbido que brotaba por entre sus labios entreabiertos. Su pecho subía y bajaba espasmódicamente. Estaba tan asustada, tan sorprendida que no podía ni pensar. Su cerebro era un torbellino.

Y de pronto aquella voz preguntó, arrastrando las palabras:

—¿Cómo está nuestra hija?

El horror pareció dotar de una nueva fuerza a Judith. La sensación de que todo, hasta lo más íntimo, estaba en peligro, la hizo vibrar.

—¡No la verás! —masculló—. ¡No es tuya! ¡No consentiré que te la lleves, ni siquiera que llegue a conocer tu existencia!

—Eso lo discutiremos esta noche —susurró él, con una sonrisa más burlona que nunca—. Si tú y yo hemos tenido una hija es que eres mi mujercita. ¿O quizá no?

Su voz se había vuelto amenazadora. Todos sus músculos se habían puesto tensos.

—Pues a mí me parece que quizá no —dijo entonces una voz, desde la puerta del saloon.

El hombre miró hacia allí. Vio la sonrisa de Slim y algo se heló en sus venas.

—Tú eres Jakobsen —siguió hablando Slim, con una calma mortal—. He oído hablar mucho de ti, compañero.

—Éste no es asunto tuyo.

—¿Por qué no?

—Esa mujer, Judith Laurent, es la madre de mi hija. Ambas me pertenecen, y por eso he venido a buscarlas, al saber que ella estaba fuera de la cárcel. No consentiré que nadie se meta en esto.

Slim hizo más amplia su sonrisa, mientras se encogía de hombros.

—Bueno, pues no lo consientas. ¿A mí qué me da? Te voy a arrancar la piel igualmente…

—¡Esa mujer es mía! ¡Nadie tiene derecho a meterse en esto!

—Yo he oído decir que la raptaste —murmuró Slim—. Y que las cosas que sucedieron fueron muy en contra de la voluntad de ella.

—Veo que te has empeñado en morir… —masculló Jakobsen—.

Muy bien, entonces empieza a rezar…

Judith no ignoraba que Jakobsen era un enemigo implacable y peligroso, pero sabía también que Slim era de los que no perdonan. Se dio cuenta de que el padre de su hija, por miserable y rastrero que fuese, iba a morir ante sus propios ojos. No por él, sino pensando en el día de mañana, en lo que contaría a la pequeña cuando ella empezase a hacerle preguntas, gimió ahogadamente:

—No tire, Slim. Se lo ruego… No le mate.

—¿Es que acaso sientes algo por él?

—Se lo suplico… pensando en la niña.

—A la niña le dices simplemente que un granuja muerto es siempre mejor que si está vivo. Si bien lo miras, con ello le darás una lección mejor que las que recibirá en el colegio.

Judith gimió:

—¡Slim!

Empezaba ya a conocerlo y se daba cuenta de cuándo iba a disparar. Adivinó en las chispitas de sus ojos que el momento mortal había llegado. Jakobsen, que no supo verlo, recibió un balazo que le trituró el brazo derecho antes de tener tiempo para rozar el revólver.

Con un grito de dolor, Jakobsen se llevó la mano a la herida, de la que brotaba un chorro de sangre.

—¡Eres un perro! —aulló—. ¡Has tirado sin avisar!

—No te quejes, porque aún no he empezado a «tirar» —dijo suavemente Slim—. Mi única y loable idea es dejarte sin brazos y piernas para ver cómo te arrastras por el polvo de la calle, a los pies de esa mujer. Luego te enviaré una bala al centro de la cabeza, pero eso sí, avisándote con tiempo. Yo siempre he sido una persona educada y cumplidora, compañero.

Jakobsen gemía como un condenado, mientras se apretaba con la mano izquierda el brazo derecho empapado en sangre.

—¡Tienes que dejar que me vende! ¡Al menos he de defenderme! ¡Esto ha sido una traición!

Judith fue a acercarse impulsivamente al hombre, pensando en ayudarle aunque sólo fuera por caridad, pero la voz metálica y fría de Slim se lo impidió.

—No te acerques. Yo le pondré en condiciones si es preciso.

Se acercó al herido y le examinó el brazo atravesado por la bala.

Hizo una mueca.

—No hay para tanto —gruñó—. Es bastante menos dolorosa de la que yo hubiese querido hacerte.

En aquel momento se oyó un grito de Judith:

—¡Cuidado!

Jakobsen había sacado con su mano izquierda el puñal que llevaba en la funda. La hoja de acero centelleó en el aire y pareció vibrar como la lengua de una víbora.

Slim se ladeó a tiempo, pero no pudo impedir que la hoja rozase su flanco, penetrando entre dos costillas. El vivísimo dolor le hizo encogerse. Jakobsen fue a asestar un nuevo y definitivo golpe, lanzando un grito triunfal, pero Slim, más rápido de lo que su enemigo suponía, le clavó un terrible punterazo en el bajo vientre. Aullando, Jakobsen cayó al centro de la calle, mientras todo su cuerpo se estremecía a causa del dolor.

Slim fue a rematarlo con su revólver, sujetándose el costado herido con la otra mano, pero en ese momento una voz dijo calmosamente junto a él:

—No te molestes. Esto lo arreglo yo a mi modo. En las zonas mineras tenemos un procedimiento muy agradable para liquidar esas pequeñas cuestiones con los traidorzuelos.

Se acercó al caído y, de un puntapié, le hizo volar fuera de la funda el revólver que aún conservaba. El hombre que hacía aquello era Tuck.

Luego descolgó de la silla de su caballo, situado ante el saloon, una larga cuerda y la sujetó al tobillo del caído. Éste lanzaba aullidos y pataleaba loco de dolor, al adivinar lo que iba a suceder, mientras en la calle se hacía un espantoso silencio.

Muchos rostros sudaban de excitación. Judith sentía que le temblaban las rodillas, que iba a caer de un momento a otro.

De un salto, Tuck montó a caballo y lo puso al galope, tirando de la cuerda y arrastrando al caído por un pie. La multitud prorrumpió en aullidos al ver que el otro intentaba levantarse para huir y caía estrepitosamente a tierra.

Tuck aceleró el galope.

Su caballo llegó hasta el extremo de la calle principal, y entonces el jinete dio la vuelta, arrastrando al caído por el camino que acababan de recorrer. Jakobsen aullaba como un poseído,

mientras todo su cuerpo se cubría de sangre. La multitud, que había visto su traición y quería en aquellos momentos una justicia ejemplar, gritaba frenéticamente y aplaudía a cada nueva contorsión del condenado.

Judith ya no pudo soportar aquello. Tuvo que apoyarse en una pared y cerrar los ojos mientras sentía que iba a caer. Todo su cuerpo se crispaba en una espantosa náusea. Oyó lejanamente los aullidos de Jakobsen, dándose cuenta de que estaba a punto de morir, de que los suyos ya no eran gritos de dolor, sino de agonía.

Tuck también se dio cuenta.

—La fiesta está durando poco —gruñó.

Hizo volver grupas a su caballo y obligó a que los cascos de éste rematasen al hombre, deshaciendo materialmente su cuerpo.

Slim miraba en silencio aquello. Había visto aplicar en muchos sitios la salvaje ley de Nevada, pero aquel tipo, Tuck, era un verdadero diablo cuando se convertía en verdugo. Tuck era uno de esos hombres para quienes la traición constituye el peor pecado. Un verdadero hombre del Oeste, según como había que entender la situación de aquella tierra.

Al fin Tuck bajó de su caballo.

—Creo que está muerto —dijo con suavidad.

Slim le miró a los ojos.

—Eso debió dejármelo para mí.

—¡Bah! ¿Qué importa?

En aquel momento Jeremías llegaba dando saltitos. Vio el cadáver.

—¿Qué hago con eso, señor Slim?

—Preocúpate de que lo entierren. Yo corro con los gastos.

—De acuerdo, señor Slim. ¡Tendrá una nueva rebaja!

—Éste no lo he matado yo.

Dio media vuelta y se dirigió con paso firme a la casa de uno de los dos médicos de Carson City, que estaba muy cercana. Su paso no vacilaba y su rostro seguía impasible y como tallado en mármol, a pesar de que iba dejando sobre las tablas un rastro de sangre.

De pronto se volvió.

Sus ojos helados miraron a Judith.

—Tú has quedado algo así como viuda, ¿verdad? —preguntó.

—Se… según como se mire… sí.

La extraña sonrisa de Slim flotó en sus labios.

—Mi pésame, señora —dijo lentamente.

Judith ya no pudo resistir aquello, y de pronto sintió que iba a caer. Una mano ruda la sostuvo. Ella tuvo un estremecimiento al darse cuenta de que era la mano de Tuck.

—No me toque.

—Le repugnan las manos que han matado a ese hombre, ¿verdad? ¿Es que le amaba?

—Sentía por él un odio tan grande que no es posible que pueda volver a odiar tanto en el resto de mi vida.

—¿Por qué le sabe mal, entonces, que lo haya liquidado?

—Siempre he pensado que algún día tendría que dar explicaciones a mi hija. ¡Y todo esto es tan horrible, tan cruel!…

La mano del hombre la sujetó con más fuerza, más intensamente, con una pasión secreta.

—Judith, quiero hablarte.

Curiosamente estaban solos. Todo el mundo se había arremolinado en tomo al cadáver, al cual Jeremías tomaba medidas. Él dijo con voz ronca:

—Adivino que has padecido mucho, Judith, y si ahora vuelves a equivocarte, toda la vida seguirás sufriendo.

—¿Equivocarme en qué?

—En el hombre a quien elijas.

—Yo odio a los hombres —musitó ella—. No necesito a nadie.

—Tú no aborreces a los hombres. Lo dices, pero no es así. En realidad toda tú estás llena de juventud, de vida, de pasión, y por tanto puedes estar llena de amor. Sólo necesitas que alguien te comprenda y te ayude, Y yo podría hacerlo, Judith.

—¿Tú?…

—Olvida lo que has visto. Es la ley que me enseñaron mis padres y la que hemos tenido que aplicar en esta tierra. Pero junto a ti la vida podría ser distinta, Judith. Yo soy rico. Algún día llegaré a heredar una fortuna que nosotros no podremos gastar, ni tampoco nuestros hijos o los hijos de nuestros hijos. Si tú quieres a tu pequeña, debes volver los ojos hacia un hombre como yo. Además, no soy mal parecido…

Ella le miró. Trató de pensar que, efectivamente, no era mal parecido. Eso saltaba a la vista, y cualquier muchacha de Carson

City se hubiera enamorado fácilmente de él. Tuck, pese a eso, la elegía a ella, que ya no era una niña y además tenía una hija. Judith trató de decirse que aquello, además, resolvía su porvenir y el de la niña. Era una oportunidad única, algo que no volvería a producirse en todos los días de su vida.

¿Qué fue lo que le impidió decir que sí? ¿Qué extraño sentimiento la hizo dudar, la hizo hundir la cabeza sobre el pecho mientras cerraba los ojos?

Tuck exigió:

—¿Qué respondes?

—Déjame ahora. No… no es momento para hablar de eso.

Tuck desvió la mirada hacia la carreta con un ataúd donde estaban metiendo apresuradamente los restos de Jakobsen.

—No, no es la mejor ocasión —dijo suavemente—. Pero mañana volveremos a hablar. No te librarás de mí, muchacha.

Se alejó. Judith se sentía trastornada y tan débil que tenía la sensación de ir a caer de un momento a otro. Sin saber cómo, se encontró de nuevo ante la tienda de Jeremías, donde ella trabajaba. Como ahora Jeremías estaba ocupado con el nuevo encargo, no debía quedar allí nadie más que el enano Rompetechos. Judith avanzó hacia allí mientras sentía una especial angustia, una desconocida opresión. Densos nubarrones habían cubierto el sol, y ahora la ciudad entera parecía cubierta por una losa color plomo. La oscuridad aumentaba por momentos. Diríase que se acababa de producir un eclipse.

Entró en la tienda y se apoyó en uno de los bancos de carpintero. Se sentía abrumada. Sólo tenía deseos de llorar.

De pronto una voz que parecía no surgir de ningún sitio, dijo a su lado:

—Me he enterado de todo, señorita Judith.

Ella miró hacia abajo. Rompetechos sonreía, mientras acariciaba un serrucho más largo qué él. Pero a pesar de que el enano quería mostrarse optimista, había en su frente unas arrugas de preocupación.

—¿De qué te has enterado?

—De todo. Y he pensado que no es justo lo que está sucediendo.

—¿Qué es lo que ocurre?

—A usted tratan de engañarla.

—¿Quién?

—Todo esto es un complot, una combinación miserable.

Judith estaba sorprendida. Pero la verdad era que no acababa de entender aquello.

—¿Un complot de quién? ¿Y contra quién?

—Contra usted.

—No lo comprendo…

—La han traído a este lugar engañada.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Usted cree que su principal enemigo es Brandon, ¿verdad?

—Pues… creo que sí.

—Se equivoca.

El enano hablaba excitadamente, con voz más rápida cada vez.

—Bueno, ¿quieres hablar con un poco más de claridad?

—Brandon tiene un jefe.

—Judith recordó de pronto lo que había oído cuando estaba presa en manos de aquel canalla. Brandon también había hablado de un jefe. Era posible que el enano tuviese razón.

Más interesada cada vez, musitó:

—¿Qué pretenden?

—Saber dónde su hermano ocultó el producto de sus robos.

—¡Pero si yo no sé nada!

El enano la miró con desconfianza.

—Es posible que no lo sepa, pero ellos creen que sí. Y tratan de sacárselo.

—¿Quién?

—El que lo dirige todo es el jefe.

—De acuerdo, de acuerdo… Pero ¿quién es?

El enano miró en torno suyo recelosamente. Al llegar a aquel punto de la conversación, cuando tenía que pronunciar el nombre decisivo, pareció acometerle bruscamente el miedo. Bajando la voz, advirtió:

—De momento no va a correr ningún peligro más. Por eso podemos esperar un poco. Lo que tengo que decirle es tan importante que bien vale la pena tomar todas las precauciones.

—Pero ¿puedes decirme algo ahora?

—Es peligroso… Aquí las paredes oyen. Esta noche.

—¿Dónde?

—Después de las doce salga al patio como si quisiera tomar un poco el fresco. Al no vivir nadie en el edificio, no la verán, aunque de todos modos procure no hacer ruido. Yo estaré aguardándola junto al pozo. Entonces podré explicárselo todo.

Judith intentó retenerlo, trató de sacarle alguna palabra más en aquel asunto que tanto la afectaba, pero el enano ya estaba dominado por el miedo y no abrió de nuevo la boca. En lugar de eso, lo único que hizo fue alejarse presurosamente.

Judith se llevó una mano a la frente, que le ardía como si tuviera fiebre.

Se sentía dominada, hundida.

Y ahora, además, una violenta inquietud había empezado a dominarla tras las palabras de Rompetechos. ¿Qué extraño complot se fraguaba contra ella? ¿Quién lo dirigía?

De pronto otro pensamiento la acometió.

Debían estar enterrando a Jakobsen, el padre de su hija. Aunque fuese, al fin y al cabo, un perro a quien le había llegado la hora de morir, lo menos que podía hacer era asistir a la fúnebre ceremonia. Despedirse de él.

Como no había nada urgente y Jeremías tardaría en volver, Judith abandonó la tienda y se dirigió al cementerio de la ciudad, sin darse cuenta de que iba vestida casi como una bailarina.

Rompetechos la miró desde la puerta. Luego entró de nuevo en el taller, mirando a todas partes con expresión preocupada.

Fue entonces cuando vio abrirse uno de los innumerables ataúdes puestos en pie, y cuya tapa había sido ajustada aquella misma mañana, antes del tapizado.

Dentro del féretro había alguien, pero no era precisamente un muerto. Dos ojos brillantes como pedazos de acero le miraban. Un revólver le encañonaba al centro de la cabeza.

El enano estaba como hipnotizado. No era capaz de huir, no se atrevía a gritar siquiera.

Era como si el horror clavara al suelo sus pequeñas piernas.

El extraño aparecido avanzó hacia él.

CAPÍTULO VII

Era Donald.

Donald era el extraño tipo que quería comprar un ataúd a Jeremías y que de vez en cuando se metía en uno de ellos para probarlo. El que había hablado de que los chinos consideraban un féretro como el regalo más selecto.

Pero ahora no parecía pensar en eso.

Sus ojos eran más brillantes cada vez. Su derecha engarfiaba el revólver con fuerza.

Rompetechos se dio cuenta de que no podría defenderse. Sólo tenía en la mano una sierra, y aquello nada podía contra un «Colt». ¡Además su fuerza era tan insignificante, su cuerpo tan pequeño! Trató de disimular, sabiendo que de otro modo nada conseguiría.

—¿Qué le pasa, señor Donald? —musitó—. ¿Por qué estaba ahí dentro?

—El jefe me encargó que vigilase.

—¿Vigilar qué?

—A ti, por ejemplo.

Rompetechos improvisó una risa de falsete, una risa que se le clavaba en la garganta.

—¿Es que no se fían?

—Desconfiamos de todos, pequeño. Y la experiencia me demuestra que hacemos bien…

—¿Qué… qué piensa?

—Lo he oído todo. ¿No has quedado citado con esa mujer junto al pozo que hay en el patio?

—Debe estar confundido. Yo…

—Habéis quedado en encontraros junto al pozo. Y estarás allí. Sólo que ella no te verá.

El enano se dio cuenta de lo que el otro pretendía e intentó gritar, quiso huir corriendo sobre sus cortas piernas. Pero ya Donald le había sujetado, clavándole el cañón del revólver en la sien. De ese modo le obligó a andar y a salir al patio.

Cuando estuvieron junto al pozo, lo levantó sin esfuerzo y lo arrojó al fondo, donde estaba seguro de que se ahogaría. Durante algunos instantes escuchó complacido los gritos y los lamentos del enano, hasta que todo cesó. Luego Donald volvió a tapar el pozo, se frotó las manos y abandonó el patio.

Estaba seguro de que nadie le había visto.

Sin embargo, cuando ya se había alejado, decidió volver sobre sus pasos. Necesitaba estar convencido de que el enano no había dejado algún papel escrito o un documento que pudiera comprometerles. Un descuido de esa clase podía echarlo todo a rodar.

Decidió entonces registrar meticulosamente todos los lugares donde el muerto podía haber guardado algún objeto. Este trabajo ocupó a Donald más de una hora, y al fin pudo quedar completamente convencido de que no había ningún peligro por aquel lado.

Hecho esto, revisó incluso los ataúdes, por si había en ellos alguna inscripción. En aquella clase de asuntos, todo era posible.

Sus ojos se posaron en el féretro rojo. ¿Por qué no le gustaba? ¿Por qué no había querido quedárselo nunca?

Donald se encogió de hombros.

No había que pensar ahora en eso. A no tardar su plan daría resultado. Pronto podrían todos considerar que habían ganado la partida.

CAPÍTULO VIII

Judith ascendía ágilmente la cuesta que llevaba al cementerio. Unas cuantas cruces, unos pocos árboles eran todo el adorno y el recuerdo que tenían allí los muertos. Le sorprendió no ver animación, y eso la hizo comprender que había llegado tarde, que ya se había desarrollado la sencilla ceremonia de enterrar a Jakobsen.

Normalmente ya había fosas abiertas en el cementerio de Carson City. Los sepultureros calculaban la «producción» que iba a haber en un día, y abrían ya las tumbas. De ese modo no tenían que perder demasiado tiempo sepultando a tipos a quienes a lo mejor ni siquiera conocía nadie.

Algo así debía haber ocurrido con Jakobsen.

Una fosa ya abierta, un ataúd barato, un par de órdenes pronunciadas en voz baja… ¡y al fondo! Todo lo que dio el ser a su hija, aunque sólo fuera una carroña miserable, quedaba para siempre allí. Incluso el recuerdo se borraría.

«Le diré a la pequeña que su padre fue un gran explorador del ejército y que murió en la guerra —pensó Judith mientras cerraba los ojos—. Hasta buscaré un retrato de un militar desconocido para que crea que ése fue su padre. Le diré que…».

De pronto abrió les ojos. Le parecía haber oído un rumor. Y vio entonces a alguien, al otro lado del cementerio, que se acercaba pausadamente entre los árboles, sin verla.

Era Slim.

Ver a Slim, y además en actitud recogida y casi piadosa, en un cementerio, era tan raro como ver a un rabino hebreo rezando en una iglesia protestante.

Judith, asombrada, observó que Slim avanzaba unos pasos más y

se detenía ante una tumba con lápida, en la que había unas cuantas flores. Una cruz de piedra presidía la escena. Todo tenía un aire recogido, íntimo, pero infinitamente triste, bajo el cielo gris.

En el primer instante Judith pensó huir, para no turbar al hombre en su pequeño y extraño secreto.

Pero luego algo la atrajo. Era como una llamada. Algo hizo que se acercara lentamente, pausadamente, hasta rozar a Slim. Leyó entonces, por un costado de éste, las letras que estaban esculpidas en la piedra de la lápida.

Y tuvo que contener un gemido de asombro.

CAPÍTULO IX

Él no se volvió. Sólo su voz metálica, esta vez más dulce que en otras ocasiones, preguntó:

—¿De qué te asombras? En efecto, era mi mujer. ¿Qué tiene de extraño el que un hombre como yo llegara a casarse?

Judith estaba sencillamente atónita. Claro, desde luego no había nada de extraño… Slim era un hombre atractivo, un hombre que haría vibrar las fibras más sensibles de cualquier mujer, y al que además el ambiente misterioso que le rodeaba, hacía más deseable aún. Resultaba, incluso, lógico que hubiera llegado a casarse, pero aun así Judith no lo comprendía. Aquel hombre le parecía tan alejado de todas las emociones humanas, tan frío, tan inaccesible, que no comprendía cómo pudo amar a una mujer, e incluso dar su nombre.

Balbució:

—¿Hace mucho… que murió?

—Tres años.

—Lo… lo siento.

—Vengo a veces aquí, a visitarla —musitó Slim—. No lo hago con frecuencia, porque no me gusta molestar a los muertos. Pero hoy sentía necesidad de… bueno, de hablar con ella. Es algo que no tiene sentido y de lo cual casi me avergüenzo.

—No… no tienes por qué avergonzarte —musitó Judith—. Y hasta me alegra ver que… que también eres un ser humano.

—Tonterías —dijo secamente él.

Había vuelto a ponerse rígido. Sus ojos volvían a ser helados como siempre.

—Vamos —dijo—. Te acompañaré a la ciudad.

Pero Judith aún estaba quieta. Todavía miraba la losa como si

captara a través de ella una lejana voz, cual si recibiera un extraño mensaje.

—¿Teníais hijos?

—No.

—Así… casi… casi es mejor.

—En efecto. Hubiera sido terrible que les faltara su madre. Así fui yo el único en sufrir.

—¿Y… y puedo saber de qué murió? —balbució Judith.

Los ojos de Slim eran dos pedacitos de hielo cuando entreabrió los labios para contestar:

—Murió de hambre.

CAPÍTULO X

Ella notó como una sacudida en su interior. En el primer momento no creyó las palabras de Slim, Le parecieron algo irreal, absurdo.

—¿Qué dices? —musitó.

—Murió de hambre en el desierto, cuando veníamos hacia aquí. Nos habían dicho que en Nevada había minas y riqueza. Lo que nunca nos dijeron fue que también había desiertos infernales, polvo, sol, escorpiones y serpientes que se ocultan en la arena. No, eso no lo supimos hasta llegar aquí.

La voz de Slim ya no era la misma que tenía cuando ella le conoció. Algo parecía haber cambiado en él, algo que le hacía distinto. Ahora su voz era lejana, suave y nostálgica. Latía en su fondo una densa amargura.

—¿De dónde procedían? —preguntó Judith.

—De Washington, en el más lejano noroeste. Este Washington, como sin duda sabes, nada tiene que ver con la capital federal del país. Es un territorio que linda con el Canadá. Atravesamos Oregón, siempre viajando hacia el sur, y llegamos hasta aquí creyendo que esta tierra era distinta. ¡Bonita ingenuidad la mía! —Slim rió roncamente—. Hasta entonces no había visto más que tierras fértiles y prados verdes. De pronto descubrimos todo el horror y toda la soledad del desierto. Me di cuenta entonces de que había cometido dos errores que ya nunca podría reparar.

—¿Qué equivocaciones?

—La primera de ellas fue haber decidido viajar solo, sin esperar a que se formase una caravana. La otra, no llevar provisiones suficientes, creyendo que el desierto era mucho más corto.

—¿Por qué no esperaste a que se formara una caravana?

—Porque creí que el único peligro estaba en los bandidos, y ésos

no me daban miedo. Tenía una confianza ciega en mi revólver. Pensaba que si uno de ellos llegaba a acercarse demasiado, lo eliminaría al primer disparo. En eso fue en lo único en que acerté.

—¿Y cómo no llevabais provisiones?

Judith se daba cuenta de que sus preguntas no tenían sentido, puesto que ya nada se arreglaba con ellas. Pero necesitaba hacerlas porque todo lo que se refería a aquel hombre le interesaba de un modo extraño. Era como si ella misma viviese su extraña aventura.

—Ya te he dicho que creí que el desierto era más corto —susurró él—. De esta zona no hay buenos mapas aún, y uno tiene que fiarse de los guías, que conocen el terreno palmo a palmo a causa de su gran experiencia. Yo no llevaba ninguno, pues siempre he confiado tan sólo en mí mismo, y ése fue mi error.

Con las manos unidas a la espalda, echó a andar casi sin darse cuenta. Ella le siguió. La mirada gris del hombre estaba perdida en el vacío; sus ojos no parecían ver.

—Yo también creía que podría cazar —continuó—. Si acierto a un hombre a cualquier distancia, más podría acertar a un venado o un pájaro. Pero el calor era tan terrible en el desierto y los pozos estaban tan secos que todos los animales habían huido. Los pájaros evitaban aquella especie de caldera y emigraban a otras tierras. Durante días y días no encontramos un ser vivo, excepto los escorpiones y las serpientes.

Con el brazo extendido señaló hacia el norte, al lugar donde estaba el gran desierto.

—Fue terrible ver a Anna morir lentamente —susurró—. Yo no probé bocado y todo se lo di a ella, pero aun así no resistió. No comprendo cómo pude soportarlo. Cuando llegamos cerca de aquí, mi mujer llevaba muerta dos días… Recuerdo que me desmayé —hizo un gesto brusco, como si se burlara de sí mismo—. ¡Desmayarme yo! Ridículo, ¿verdad? Pero aquí me quedé y aquí se quedó ella también para siempre. Luego siguió la vida y continuó también la muerte. Ésta era una tierra maldita, donde no quedaba más remedio que luchar.

Añadió, con voz tensa y ronca:

—Fue entonces cuando juré que nunca más volvería a ser pobre. En este mundo sin conciencia y sin piedad, sólo los poderosos viven. Y yo me dije que me contaría entre ellos costase lo que costase.

—¿Es que habíais sido muy pobres, Slim?

—Aquella tierra era noble, pero ruda —dijo él con nostalgia—. Trabajabas todo el año y luego una torrentera, o un ciclón, lo arrasaban todo. Había años en que prácticamente nos moríamos de hambre hasta recoger tan sólo una mínima parte de la cosecha porque la otra se había perdido. Y mientras tanto, ésta es la tierra de los grandes negocios, de los grandes millonarios. Recuerdo que Jeremías fue el que enterró a mi mujer. Me dijo: «Eres imbécil, chico. Si aquí no haces negocios, siempre serás un desdichado. Espabílate».

—¿Siempre has estado aquí desde entonces? —musitó Judith.

—No. He estado en otros sitios.

—Pero ser delegado del Gobierno no es dedicarte a hacer negocios —murmuró ella—. No creo que eso te dé grandes oportunidades de ganar dinero.

Él pareció de pronto despertar de un sueño.

Fue como si volviera a la realidad. Sus ojos otra vez se hicieron duros, penetrantes y crueles. Volvieron a sellos ojos del pistolero que parecía haber nacido para matar.

—Como delegado del Gobierno federal no estoy cumpliendo demasiado bien con mis obligaciones —dijo de pronto—. Es necesario que tú y yo hablemos detenidamente.

—¿Hablar de qué?

Habían salido ya del cementerio y estaban detenidos bajo la sombra de un árbol. Slim se apoyó en el tronco y sostuvo entre sus labios un largo y delgado cigarro. Miró detenidamente a Judith, que con su vestido de bailarina destacaba como nunca, joven y hermosa, más pura que una flor silvestre, en la soledad del campo.

—Es necesario que hablemos de tu hermano —dijo él.

—¿En qué sentido?

—No sé si te habrás dado cuenta de que sólo puedes confiar en mí. Los hombres de Brandon te han declarado la guerra.

—Eso es cierto.

—A pesar de que yo estoy dispuesto a hacer un escarmiento con plomo, la cuestión no se resolverá hasta que se sepa dónde ocultaba tu hermano el producto de sus robos y hasta que el Gobierno recupere el dinero. En ese momento Brandon desistirá de luchar, pero mientras tenga una esperanza de hacerse con esa fortuna, tú

correrás peligro.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no confías en mí?

Ella se mordió los labios mientras retorcía sus dedos nerviosamente.

—¿Tú también crees que sé algo?

—Como funcionario del Gobierno tengo la obligación de llegar hasta el fondo del asunto —murmuró—, y he de creer que, como única persona que estaba junto a él en el momento en que fue hallado muerto, sabes alguna cosa. No te ofendas, pero ésa debe ser mi creencia. ¿Por qué no tratas de ayudarme?

Encendió el cigarro y añadió:

—Es en beneficio tuyo.

—Si yo supiese dónde está el dinero y quisiera quedarme con él, no me convendría hablar —musitó Judith.

—Puede, pero con ese juego puedes perder la vida.

El nerviosismo con que ella retorcía sus dedos se hizo más palpable, más intenso.

—El caso es que no sé nada —musitó—. Te digo la verdad, Slim; te juro que no sé nada.

—Todo el mundo parece opinar lo contrario.

—¿Incluso tú?

—Yo tengo obligación de llegar hasta el fondo del asunto, ya te lo he dicho.

—Comprendo. En realidad, lo que tú creas personalmente carece de importancia.

—Ahora empiezas a pensar con lógica. Debes darte cuenta de que es el Gobierno el que investiga, no yo.

—Si supiera algo te lo diría, Slim. Te juro que lo haría. Pero nada sé.

—Sin embargo, pareces muy nerviosa. Es…, ¿cómo diría? Como el que recuerda algo, pero no se atreve a decirlo.

Ella alzó la cabeza, sorprendida.

Slim la miraba con sus ojos inexpresivos, sin mover un músculo, como si fuese una estatua.

—¿Cómo has adivinado lo que me sucede?

—Conozco a la gente un poco —susurró él.

—Es que… —Judith parpadeaba, confusa, sin saber cómo

explicarse—. Lo cierto es que me parece recordar algo… No es nada que mi hermano dijese, ni tampoco de lo que él me explicó. Fue algo que sucedió cuando nosotros no éramos más que unos niños.

—¿Qué es lo que ocurrió?

—No lo recuerdo… No… ¡No tiene sentido!

—Quizá lo tenga si me explicas en qué consiste —musitó Slim.

—Era un juego.

—¿Un juego de qué clase?

—No puedo precisarlo… ¡Jugábamos a tantas cosas mi hermano y yo! He llegado a olvidarlo todo, pero sin embargo existe algo, algo que yo he visto íntimamente y que me ha hecho pensar en alguna cosa que sucedió cuando éramos muy niños. Pero de una manera desordenada y confusa.

—¿Por qué no tratas de concretar tus pensamientos?

Ella se llevó una mano a la frente, cada vez más confusa. La acometía como una sensación de vértigo.

—¿Has intentado recordar lo que hacías de niño, Slim?

—Sí, muchas veces.

—¿Y qué ocurre?

—Las sensaciones se confunden —reconoció con franqueza él—. No es que haya pocos recuerdos; es que hay demasiados, y todos ellos son inconexos.

—Me hago cargo de lo que te sucede.

—Por eso no puedo recordar. Tengo la sensación de que hay algo, pero todo se amontona en mi cráneo.

Slim dio una larga chupada a su cigarro. Luego lo arrojó por encima de su cabeza.

—Vamos a hacer una cosa, Judith.

—¿Qué?

—Trata de serenar tus nervios, procura pensar con calma y ordenar tus recuerdos. Esta noche nos veremos otra vez, si es que te parece bien. Estoy seguro de que eso tan confuso que tratas de recordar, constituye la clave del asunto.

—No puedo prometerte nada, Slim. Tengo la sensación de que me embrollo cada vez más, y sin embargo, al propio tiempo, hay instantes en que me parece que lo tengo en la punta de la lengua, en que todo es asombrosamente sencillo.

—Tampoco hay una prisa especial —murmuró él—. Pero piensa

que, si logramos recuperar ese dinero, el Gobierno te recompensará. No vas a salir con las manos vacías de este asunto.

—No soy ambiciosa.

—Aunque no lo seas, el dinero siempre hace falta.

Se despegó del árbol, y echó a andar sin mirarla. Ella le siguió. ¿Qué le ocurría con aquel hombre, que necesitaba ir tras él como un perrillo? ¿Qué obsesionante dominio había en los ojos de Slim, que la incitaban a obedecer sólo con dirigirle una mirada?

¿O tal vez era que ella lo necesitaba?

¿Quizá ocurría que…?

Judith rehuyó meditar sobre ello, no quiso pensar que aquel hombre, o cualquier otro, podía llegar a interesarle alguna vez.

Y de pronto Slim se detuvo. Sus manos fuertes, duras, grandes, sujetaron los hombros de la mujer.

—Judith…

Ella le miró. Por primera vez trató de adivinar lo que veía en aquellos ojos, y se dio cuenta, con sorpresa, de que sólo había sufrimiento. Algo desconocido latía en el fondo de las pupilas de Slim. De repente se percató Judith de que él también tenía un oscuro problema humano, algo que quizá no le diría nunca.

Con labios temblorosos musitó:

—¿Qué quieres, Slim?

Tuvo la sensación de que su voluntad no había intervenido en aquellas palabras. Fue su instinto el que habló por ella.

—Es extraño, Judith. Tengo la sensación de que nunca he conocido una mujer como tú.

—Y yo… yo tengo la impresión de que…

Él no la dejó terminar.

De repente tuvo uno de sus cambios bruscos, una de aquellas mutaciones de carácter que le convertían en un hombre incomprensible, y soltó a la mujer.

Con voz ronca dijo:

—No es justo hablar así. Tú y yo no tenemos derecho.

—¿Por qué?

Judith no hubiera querido preguntar aquello, pero de nuevo sus labios hablaban en contra de su voluntad. Otra vez era el instinto el que movía su boca.

—Yo no tengo derecho —masculló él.

Judith tuvo la sensación de que nunca le entendería, pero ya no tuvo ocasión de preguntar más porque Slim había echado a andar nuevamente. Sus pasos, largos y elásticos, les llevaron pronto hasta la calle principal de Carson City.

Allí él le tendió la mano.

—Piensa en lo que te he dicho. Cualquier cosa que recuerdes, por mínima que sea, puede resultar una gran ayuda para mí.

—Trataré de complacerte.

—¿Dónde puedo encontrarte?

—En el taller de Jeremías. Incluso tengo habitación para dormir allí.

—Es un empleo algo inadecuado para una mujer… ¿Quieres venir a trabajar conmigo? Quizá yo ahora pueda ayudarte.

—No me trataste muy bien la primera vez —dijo burlonamente Judith—. ¿Es que has cambiado de opinión?

—Quisiera que me perdonases por aquello, Judith.

—Está olvidado ya.

Ella fue a alejarse, temiendo haber hablado demasiado, pero de pronto recordó algo.

—Ah…

—¿Qué ocurre, Judith?

—Por cierto, antes de ir yo al cementerio me han hablado de algo misterioso, de algo que no comprendo.

—¿Quién?

—¿Tú conoces al único empleado que tiene Jeremías? ¿Un enano al que humorísticamente llaman Rompetechos?

—Todo el mundo le conoce. Es un tipo popular aquí.

—Pues bien, él me ha dicho algo que no acierto a entender. Me ha dicho que yo había caído en una trampa.

Los ojos de Slim brillaron un momento, sólo un instante. Hubo en ellos como una lucecita que inquietó a la muchacha, pero ese reflejo se extinguió en seguida.

—¿Qué clase de trampa?

—Eso es lo que me gustaría saber —musitó Judith—. Pero no he podido arrancarle una palabra más. Parecía tener mucho miedo.

—Lo que dices es muy interesante —murmuró Slim—. Te habrá dado algún detalle…

—Sí. Una cosa me ha dejado perpleja. El enano ha dicho que yo

consideraba a Brandon como mi único enemigo, pero que estaba equivocada. Que había alguien por encima de él. Que el jefe era otro.

—¿Sí?

—Eso es lo que me ha dicho, pero yo no lo comprendo.

—Por lo visto, ese enano sabe muchas cosas y me interesa hablar con él —dijo de repente Slim—. Te acompaño.

—No, no lo hagas.

—¿Por qué?

—Él estaba muy asustado. Tenía miedo de que alguien le oyese. Si ahora te presentas tú y le interrogas, todo se descubrirá.

—¿Pero quién va a enterarse? ¿Jeremías?

Judith pareció reflexionar sobre aquella posibilidad. En realidad estaba tan confusa que todo el mundo le parecía por igual sospechoso.

—¿Hace mucho que conoces a Jeremías? —preguntó mirando a Slim.

—¿Es que recelas de él?

—Rompetechos tenía miedo, y es posible que lo tuviera del propio Jeremías. Dime, ¿hace mucho que le conoces?

—Como todo el mundo… Jeremías es un tipo que se estableció aquí hace unos años. Las cosas le han ido muy bien.

—¿Es posible que dirija una organización criminal?

Slim lanzó una carcajada. Dio la sensación de que aquélla le parecía la pregunta más cómica que le habían hecho en su vida.

—Jeremías no tiene talla para ser jefe de una cosa así… Más bien, si alguien te ha tendido una trampa, debe ser un hombre con auténtico carácter. ¿Quién es el que ha intentado conocerte últimamente? ¿Quién ha entrado en relación contigo sin que tú lo pretendieras?

El nombre vino sólo a la memoria de Judith, sin que ella necesitara reflexionar.

—Tuck… —susurró.

—Tuck es un hombre que acaba de llegar a la ciudad y a quien nadie conoce de verdad —susurró Slim—. Es posible que debamos desconfiar de él, pero por el momento no hagas nada. ¿Cuándo podrás hablar con ese enano de los infiernos?

—Hoy mismo. A medianoche.

—¿Dónde?

—¿Sabes que hay un patio con un pozo detrás del taller de Jeremías?

—Sí, claro que sí.

—Pues allí hemos de reunirnos. Entonces él me explicará lo que sabe.

Slim pareció reflexionar un momento. Luego musitó:

—No dejes de acudir a la cita.

—No pensaba faltar, Slim, pero después de oírte iré con más motivo todavía.

—¿Quieres un revólver pequeño? Puedo facilitarte un «Derringer» especialmente fabricado para damiselas como tú. Puede ocultarse en cualquier sitio, y dispara dos balas que son mortales a corta distancia.

—No, no lo necesito. ¿Qué peligro puedo esperar de un enano como Rompetechos?

—Pero alguien más podría estar allí…

—Sólo tú y yo conocemos el lugar de la cita.

—Cierto —murmuró Slim—. Sólo tú y yo lo sabemos. Pero ve con mucho cuidado.

—Lo tendré.

Judith no dijo más. Se sentía intensamente turbada en presencia de aquel hombre, al sentirse observada por sus ojos intensos y crueles. Unos instantes después, cuando ya se había alejado de él, aún creía sentir su mirada atravesando la ropa de su vestido, llegando, caliente y ávida, hasta el secreto de su piel.

Al entrar de nuevo en el taller, no encontró a Jeremías. Tampoco se veía al enano por ninguna parte.

Todo parecía vacío y solitario, más siniestro que de costumbre.

—¡Rompetechos! —llamó—. ¡Rompetechos!

Tenía que llamarle así porque no conocía el nombre del enano. Pero nadie le respondió.

Judith caminó entre los ataúdes y de repente estuvo a punto de lanzar un grito.

Alguien la miraba.

Unos ojos quietos, profundos, la estaban observando desde el interior de una de las siniestras cajas. La muchacha se llevó una mano al corazón, sobresaltada, pero no retrocedió.

Acababa de reconocer al hombre que la vigilaba.

—Señor Donald… —susurró—. Cualquier día voy a morir de un síncope. Es terrible esa manía suya de meterse dentro de los ataúdes…

—Ya te he dicho que quiero comprar uno.

—¿Y por qué no se decide de una vez?

Donald, sonriendo con una mueca extraña, se puso en pie tras salir del ataúd donde hasta aquel momento había estado reposando.

—Una compra así hay que hacerla con mucho cuidado —explicó—. Es un mueble para toda la eternidad.

—¿Pero qué manía es ésa? ¡Un muerto no siente nada ni aunque lo cuelguen cabeza abajo!

—¿Usted qué sabe?

Judith se encogió de hombros. En efecto, eso no lo sabía nadie, porque ningún muerto vuelve para explicar lo bien o lo mal que se pasa en el otro mundo. Pero la preocupación de Donald le pareció no sólo siniestra, sino también estúpida.

—¿Por qué no se queda de una vez con el que hicieron para mi hermano? —preguntó.

—No me gusta. Tiene el almohadillado demasiado duro.

—Bonito defecto… Ni que un muerto necesitase estar blando. ¿Pero no se lo deja Jeremías a mitad de precio?

—¿Y a mí qué me importa? Me lo ha estado ofreciendo hace mucho tiempo. ¡Pero a mí no me gusta, y en paz!

Judith se encogió de hombros.

—Bueno, lo único que yo digo es que como siga dándome sustos me buscaré otro empleo, señor Donald. ¿Dónde está el dueño?

—¿Jeremías? No lo sé. Debe andar buscando «clientes» por ahí. Es lo suyo.

—¿Y Rompetechos?

Donald hizo una mueca.

—¿Ese enanucho? No lo he visto. Debe haber salido también. ¡Cualquiera sabe!

Judith apretó los labios.

Seguro que el enano se había ido de allí por miedo. A lo mejor ya no volvía hasta la noche.

—Voy a trabajar —decidió—. Así lo adelantaré todo y además tendré el gusto de no verle, señor Donald. Su manía de los féretros

acababa por cargar a cualquiera. ¡Hasta nunca!

Donald dijo con una entonación extraña:

—Hasta nunca, nena…

Había bástate trabajo en la mesa de Judith cuando ella se dispuso a iniciar la jornada. Podía decirse que aún no habían llegado a la mitad del día y sin embargo ya sentía vértigo, después de ocurrir tantas cosas. Había muerto Jakobsen, el hombre que la ultrajó. Había descubierto que Slim tuvo una esposa. Sabía que ella murió de hambre en el desierto y que, a consecuencia de ello, Slim estaba dispuesto a no ser pobre nunca más. Había comprendido que aquel hombre inquietante, Slim, estaba ya, sin que ella se lo propusiera, en el fondo de su vida. Y para que nada faltase, el enano le confiaría aquella noche un terrible secreto…

Todo aquello hacía que Judith se sintiese intranquila.

Quería trabajar y no podía. Le era imposible.

Los números parecían bailar ante sus ojos mientras los recuerdos iban y venían, danzaban en su mente…

¿Qué era lo que le recordaba la infancia de su hermano y su propia niñez? ¿Por qué ella tenía la oscura sensación de que conocía ya el secreto de Edward?

No podía precisarlo. ¡Era como para volverse loca!

Se quiso dejar absorber por el trabajo, pero le fue imposible otra vez. Los números y las palabras de las facturas seguían bailando ante sus ojos. «Un ataúd de madera de caoba, asas de plata. Un ataúd sin tapizar, madera blanca vulgar barnizada a una mano, con almohadillado de…».

De pronto Judith estuvo a punto de lanzar un grito.

Sus recuerdos volvieron. La solución al enigma llegó hasta ella con tanta claridad que el sobresalto la hizo ponerse bruscamente en pie.

Fue a volverse, fue a salir rápidamente de allí.

Pero en aquel momento una manó se posó en su espalda.

CAPÍTULO XI

Judith lanzó un gemido. Se volvió rápida, con todos los músculos en tensión.

Tras ella estaba un hombre.

—Tuck… —musitó ella—. Usted aquí…

—¿Te sorprende?

—Sí. No tiene derecho a entrar en este lugar.

Todo el cuerpo de Judith temblaba. Recordaba sus sospechas de unas horas antes, su conversación con Slim. Había un jefe que no era Brandon. ¿Se trataba quizá de Tuck?

Él la miraba atentamente.

—¿Qué te sucede?

—¿Qué me va a ocurrir? Nada…

—Estás temblando.

—Es que me siento nerviosa. Y no comprendo cómo le han dejado llegar hasta aquí.

—En la tienda no había nadie. Y como me han dicho que tú trabajabas en la oficina, he subido.

Judith se acercó a la ventana, desde la que en caso de peligro podía saltar a tierra sin grave riesgo, porque estaba en un primer piso. La sensación de que algo terrible iba a ocurrir la dominaba. La sospecha brillaba en sus ojos.

—¿Qué quiere? —musitó.

Él se apoyó en una de las paredes y la miró atentamente, con una suave sonrisa.

—Quiero hablarte, Judith. Yo voy a volver pronto a mi tierra porque mi padre me necesita para administrar las minas, pero quiero antes resolver un asunto de gran importancia.

—¿Qué cosa?

—Judith, me he enamorado de ti.

Ella quedó quieta, como prisionera de sus propios sentimientos, sintiendo que todo vacilaba. Su voz fue apenas un murmullo cuando pidió:

—Vete, Tuck. Soy una mujer que ya no cree en el amor.

—Sé lo ocurrido contigo, y estoy dispuesto a hacerte mi mujer cuanto antes. Puedo ofrecerte cariño, tranquilidad y una envidiable situación. Nada te faltará si te casas conmigo.

—Es una petición muy brusca —dijo ella, intentando acercarse poco a poco a la puerta. Necesito pensar.

—Tienes tiempo hasta esta noche.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Es que ni siquiera puedo reflexionar, ante una petición de esa clase?

—Tengo prisa. He de irme.

—Buen viaje —dijo secamente Judith.

—Ninguna mujer me ha rechazado. Tú tampoco lo harás.

—¿Por qué no?

—Te darás cuenta de que no vas a encontrar en tu vida una oportunidad como ésta.

—Hace muy poco salí de la cárcel con sólo veinticinco dólares en la mano —dijo tristemente Judith—. Ahora resulta que con sólo decir «Sí» puedo convertirme en millonaria. ¿No es eso curioso?

—Lo es. Y tienes que decir «Sí».

—Lo pensaré. Pero sin prisas.

Fue a dirigirse a la puerta. Él la detuvo de pronto, con un brusco gesto. Sus brazos largos y fuertes la estrecharon apasionadamente. Sus labios ávidos buscaron los de Judith.

—Vas a ser mi esposa. Tienes que ser mía porque ése es mi destino…

Ella se desasió bruscamente. El miedo le dio una desconocida fuerza, un vigor que hasta entonces nunca tuvo. No sabía si Tuck había venido a darle una prueba de amor o un abrazo de muerte.

Jadeando, llegó hasta la puerta, antes de que él la atrapase.

—¡Judith!

La voz del hombre era anhelante, ronca.

Era la voz de un ser dominado por el deseo y que no comprende, además, que una mujer le rechace de ese modo.

—¡Vuelve, loca! —gritó—. ¡Escúchame…!

Pero Judith ya corría escaleras abajo como si tuviera al propio diablo a su espalda. Salió a la calle. Le pareció que faltaban millas y millas para alcanzar el juzgado, donde tenía su despacho Slim. Tuvo la sensación de que no iba a llegar allí nunca.

Por fin corrió a lo largo del porche donde estaba el edificio. Las tablas resonaban bajo sus pasos. Los hombres, obsesionados por los movimientos de sus caderas y su cuerpo se volvían a mirarla.

Respirando anhelante, fue a empujar la puerta del juzgado. Un hombre desconocido estaba junto a aquélla. Al verla llegar de aquel modo preguntó:

—¿Adónde va usted, señorita?

—Quiero ver al señor delegado del Gobierno. Tiene su despacho aquí.

—Sí, ya sé, ¿pero quiere usted verle? Es extraño.

—¿Por qué ha de serlo? Ya estuve aquí una vez.

—¿Y no la recibí yo?

—No. Fue otro ordenanza.

El hombre hizo un gesto de perplejidad y se encogió de hombros.

—¿A qué hora vino usted?

—¿Qué importa eso ahora? ¿Puedo pasar o no? Lo que tengo que decir es muy urgente.

—La verdad, no lo entiendo, pero no podrá ver ahora al señor delegado del Gobierno. No está.

Ahora fue Judith la que se quedó un poco perpleja.

—¿No está? ¡Qué raro! Pero…

Y en aquel momento oyó la voz de Slim. Slim la llamaba desde el otro lado de la calle.

—¡Judith!

Ella se volvió. Vio la alta figura del hombre llegar hasta el porche. Exhaló un suspiro de alivio.

—Hola, Slim Me han dicho que no estabas…

—Claro, ya lo ves —dijo él en voz muy baja—. Estaba fuera.

—Necesito hablar contigo. Vamos a tu despacho.

—¿Qué necesidad hay de entrar ahí? A veces las paredes tienen oídos. Vamos a cualquier sitio donde estemos solos.

—Como tú quieras, Slim.

La muchacha sentía un enorme, un infinito alivio. Le parecía que

ahora nada malo podía ocurrir, después de poner el asunto en las manos infalibles, en las manos seguras de aquel pistolero. Caminaron muy juntos a lo largo de la calle, hasta llegar a la última casa. Entonces se detuvieron, seguros de que nadie les oía.

—¿Qué es lo que tienes que decirme, Judith?

—Dios santo, es muy importante…

—¿Has recordado?

—Ha sido algo repentino. Como una inspiración…

—A ver, explícate.

En la voz del hombre vibraba un leve deje de impaciencia.

—El ataúd…

—¿Qué ataúd? —susurró Slim.

—El de color rojo. El que mi hermano Edward encargó para cuando muriese. Lo que en realidad quería era llevárselo luego de aquí, tranquilamente. Era un objeto que nadie registraría.

—¿Quieres decir que…?

—El dinero está en él. Debajo del almohadillado. Fajos y fajos de billetes colocados cuidadosamente allí, y bien atados para que no se muevan ni crujan. Casi todo lo que Edward robó.

—¿Cómo pudo colocarlos allí? Jeremías lo hubiese sabido.

—No, no pudo saber nada… Jeremías no vive en su taller. Por las noches allí no hay nadie. Cuando el féretro estaba ya perfectamente terminado, mi hermano llegó una noche, descosió el tapizado, lo levantó todo y puso bien los billetes. Luego lo volvió a ordenar y coser otra vez. Debió representar para él una labor de horas, pero tuvo todas las que necesitó. Nadie le molestaba, además, y es de suponer que antes habría aprendido un poco la técnica empleada por Jeremías, Seguro que pensaba llevarse el ataúd un par de días más tarde y escapar así con el dinero, o tal vez tenía intención de facturarlo para que le llevasen el botín a domicilio. Ese último detalle no lo sé, pero estoy segura de que su plan fue el que te estoy explicando.

Los ojos helados de Slim cambiaron de expresión un instante. Parecieron cobrar vida, brillaron de un extraño modo… Pero aún no parecía estar muy seguro de todo aquello cuando preguntó:

—¿Cómo has adivinado todo eso?

—Ya te he dicho que ha sido como una inspiración… De pronto lo he recordado. Mi hermano encontró cierta vez, cuando éramos

niños, una cantidad de dinero. Tuvo miedo de que se la quitasen y, ¿sabes lo que hizo? La ocultó en un viejo féretro vacío que estaba en una fosa del cementerio de nuestra ciudad. Aseguró que no había mejor escondite que aquél. En efecto, nadie la descubrió… Luego, cuando jugábamos a esconder cosas, él siempre escogía el mismo sitio.

—Y después, cuando los años le convirtieron en un salteador de Bancos y tuvo necesidad de ocultar su botín, debió pensarlo lo mismo, ¿verdad?

—Estoy segura.

Slim apretó los labios, de modo que éstos casi desaparecieron en las comisuras de su boca. Luego decidió:

—No tienes que hablar de esto con nadie.

—Con nadie, Slim. Haré lo que tú me digas.

—¿Cuándo tienes que reunirte con ese enano?

—A medianoche.

—Hazlo.

—¿Qué utilidad tiene eso ya?

—Como delegado del Gobierno me interesa no sólo recuperar el dinero, sino también capturar a cualquier posible banda que esté tras él. Puesto que ya no falta demasiado tiempo para la noche, y lo único que necesitas hacer es escuchar a ese hombre, vale la pena terminar el asunto en todos sus detalles.

Judith, después de lo ocurrido, se sentía ya acobardada, débil. Tenía la sensación de que ya no era capaz de resistir más, de que no quedaban fuerzas en su cuerpo.

—Slim, tengo miedo…

—Nada va a ocurrir. Yo estaré cerca.

—Si es así, no faltaré a la cita, Slim.

Él puso una mano sobre uno de los hombros de la mujer. Por un momento la carne de Judith palpitó, por un instante que no supo disimular todo su cuerpo vibró de placer secreto. Pensó en aquel loco minuto que él diría la palabra anhelada, que le descubriría los deseos de aquel corazón que parecía muerto. Pero, en lugar de eso, Slim retiró la mano lentamente, igual que si la piel de Judith quemase.

Susurró:

—No faltes. Y ahora vuelve a tu puesto, Judith. No comentes

esto con nadie y trabaja como si nada hubiese ocurrido. Hay muchos enemigos secretos en esta ciudad. Es necesario que no sospechen nada.

—Bi… bien. Slim.

—Adiós, Judith… Y gracias.

Ella se alejó. No sabía por qué, pero estaba triste. Por un momento le había parecido que Slim volvía a convertirse en un ser humano, había creído que la mano masculina vibraba de pasión al rozar su piel. Pero Slim se había limitado a decirle que no faltase a la cita. ¿Qué podía esperar de él? ¿De quién se estaba enamorando Judith en secreto? ¿De una máquina que el Gobierno había puesto allí para investigar y matar?

Sus pasos eran lentos, casi tristes, mientras regresaba al taller de Jeremías.

Slim esperó a que ella se hubiese perdido de vista y entonces puso entre sus labios otro de sus cigarros delgados y largos.

Fue hacia el juzgado, mientras una expresión reflexiva nublaba su rostro.

El mismo conserje estaba en la puerta. Le miró.

—Hola, señor Slim.

—Hola, muchacho.

Slim le dio uno de sus cigarros. El conserje lo encendió voluptuosamente.

—Hermosa chica, ¿eh?

—¿Quién?

—Esa que ha hablado con usted.

—Ah, sí.

—Por cierto, buscaba al señor delegado del Gobierno federal.

—Qué raro, ¿no?

—Es extraño que no sepa que el despacho está vacío desde hace dos semanas. El señor delegado ha viajado hasta Washington para recibir instrucciones especiales, y no volverá en lo que queda de mes.

—Oh, por supuesto.

—Incluso ha dicho que había estado una vez aquí y que la recibió otro ordenanza. La verdad, no lo entiendo, no lo entiendo, porque aquí el único que hay soy yo. Debió venir muy temprano, cuando aquí aún no hay servicio. Pero, entonces, ¿quién la atendió?

Slim mordió su puro nerviosamente.

—Esa mujer debe estar confundida.

—Y tanto. ¿Sabe qué impresión he tenido por un momento, señor Slim?

—¿Cuál?

—Que ella creía que el delegado del Gobierno es usted. En cuanto le vio, dejó de preguntar.

Slim emitió una risita nerviosa y seca.

—Qué tontería… Lo que ocurre es que yo puedo resolver el asunto que trae entre manos. Por eso me lo contó.

—¡Hay que ver! ¡Imaginar que usted es el delegado del Gobierno! ¡Si usted, con todos los respetos, es un pistolero!

—Ella no ha imaginado nada. Ya le he dicho que ha acudido a mí porque puedo ayudarla.

El ordenanza hizo marcha atrás, no deseando ofender a aquel gun-man temible.

—Perdone, señor Slim.

—Está perdonado, hombre. ¡Ni que esto tuviera alguna importancia! ¿Quiere otro cigarro para mañana?

—No sé si debo abusar, señor Slim. Estos cigarros son de los caros.

—Tome, hombre, tome. No ponga reparos a un pequeño obsequio. Para algo estamos los amigos.

—Gracias, señor Slim.

—De nada —dijo el otro con un retintín extraño—. De nada, hombre…

CAPÍTULO XII

Era medianoche.

Carson City hervía de bullicio, de agitación, de hombres que buscaban mujeres y de mujeres que estaban dispuestas a que los hombres las encontrasen. Los teatrillos, los garitos, los saloons, se encontraban en su punto álgido, pero en aquella zona de la ciudad todo era silencio.

Judith avanzaba con el corazón encogido.

Aquella oscuridad le daba miedo. Sentía como si su extraña aventura hubiese de terminar mal, como si detrás de todo aquello existiese un misterio que no había logrado descifrar aún. Ansiaba encontrar a Slim. Sabía que en cuanto estuviese junto a él, desaparecería su miedo.

No había luna.

Las tinieblas eran espesas. No se divisaba apenas las piedras del brocal del pozo. En la oscuridad eran simplemente una mancha clara.

Previéndolo, Judith llevaba un farol. Con voz ahogada, cuando estaba a unos ocho pasos del pozo, llamó:

—¡Rompetechos!

Aquel nombre cómico nunca le había parecido tan inadecuado. En este momento ella se sentía inclinada a pensar en vampiros y no en enanos. Su quietud subió de pronto al notar que nadie le contestaba.

—¡Rompetechos!

El silencio seguía siendo absoluto. Fue entonces cuando ella decidió rascar un fósforo de los que llevaba consigo y encender el farol.

La leve claridad iluminó el brocal del pozo. Iluminó también el

pequeño y retorcido cuerpo que estaba descansando eternamente sobre la piedra. La luz se derramó trágicamente sobre la mueca patética, por los ojos desorbitados, las manos crispadas del enano muerto.

Judith no tuvo tiempo ni de lanzar un grito de horror, ni de caer a tierra cuando sus rodillas flaquearon.

Porque en aquel momento una voz gritó:

—¡Dispara! ¡Dispara de una maldita vez! ¡Ahora ya sabemos dónde está el dinero! ¡Hay que quitar testigos de en medio!

Se oyó el leve «tlac» del martillo de un revólver al alzarse frente a ella.

Judith, ciega de horror, sintiendo que iba a caer de un momento a otro, adelantó un poco el farol para iluminar mejor la increíble escena. Y entonces vio al hombre que estaba frente a ella, al hombre que iba a matarla.

Era Slim.

CAPÍTULO XIII

Judith sintió que una cosa sólida se atravesaba en su garganta. Notó que era incapaz de gritar, de hablar tan siquiera. Notó que en sus ojos desorbitados se desdibujaba la figura del hombre, como si éste fuera una alucinación.

Y de pronto oyó otra vez aquella voz. Ahora la reconoció. Era la voz de Brandon.

—¡Tira, Slim! ¡Dispara de una condenada vez!

Slim vaciló. Sus ojos no eran helados como siempre, sino que en ellos palpitaba un oscuro dolor. Su derecha temblaba. ¡Temblaba por primera vez en la vida!

Brandon gruñó:

—¿Por qué vacilas? Todo esto lo organizamos entre tú, yo, Jeremías y Donald. Fingiríamos ser enemigos, y así, si yo no conseguía arrancarle el secreto a la muchacha, lograría al menos que confiara en ti, creyendo que eras el delegado del Gobierno, y te lo explicara pensando que eras su única ayuda. Cada brutalidad por mi parte la acercaría más a ti. Por si fuera poco, Jeremías también podía sonsacarla… Tuvimos la suerte de que el delegado del Gobierno estuviera ausente y de que tú te llamaras Slim, como él. Al conocer que el director de la cárcel tenía preparadas dos cartas de recomendación para esa estúpida, pudimos prepararlo todo… Y uno de mis empleados simuló ser el ordenanza del juzgado cuando ella, la primera mañana, acudió a ti. Todo ha salido a pedir de boca. ¿Por qué vacilas ahora? ¡La chica nos estorba! ¡Aprieta el gatillo de una vez!

La mano de Slim seguía temblando. Sus ojos parecían no mirar a ninguna parte… Y su voz fue lejana y ronca cuando murmuró:

—Tuvimos el dinero en nuestras manos sin saberlo… El mismo

Donald se había acostado varias veces sobre él…

—¡Esto es una historia lejana! ¡Es agua pasada, maldita sea! ¡Ahora sabemos dónde está! ¡Tú serás un hombre rico, que es lo que deseabas desde la muerte de tu mujer! ¡Aprieta el gatillo o la liquidaré yo!

Como Slim no se movía, fue Brandon quien corrió. Estaba a espaldas de Judith. Ésta, al volverse ligeramente, notó el brillo de una daga curvada que parecía volar hacia su cuello.

—¡Con esto maté a tu hermano para arrancarle su secreto! —masculló Brandon—. ¡Y con eso morirás tú!

Fue a dejar caer la daga sobre el cuello de su víctima, pero en este instante sucedió algo inesperado.

Sonó un disparo.

La cabeza de Brandon voló hecha pedazos. Judith lanzó un patético grito de angustia, de horror.

Dos hombres más acababan de surgir de entre las sombras. Los dos empuñaban revólveres. Judith oyó la voz de Slim.

—¡A tierra! ¡Tírate a tierra!

Su derecha ya no temblaba. Era la mano firme, implacable, del hombre nacido para matar. Antes de que Donald pudiera apretar el gatillo, su cabeza ya había volado hecha pedazos. En cuanto a Jeremías, recibió una bala en el codo y tuvo que soltar su arma.

—Tú eres el menos malo de todos —susurró Slim—. Vete, Jeremías. ¡Vete y no vuelvas a Nevada!

—Te juro que… lo pagarás.

—¡Vete!

Jeremías dio media vuelta y fue a alejarse, pero no había dado dos pasos cuando emitió un breve grito de horror. Un hombre acababa de aparecer frente a él y le miraba con una sonrisa helada. Jeremías aulló:

—¡Noooo!

El hombre, con tres balazos a bocajarro, le voló la cabeza.

Slim miró atónito a Tuck, que avanzaba con el revólver humeante.

—¿Por qué… lo has matado?

—Porque era un granuja. He oído y visto algo de lo ocurrido, y estaba dispuesto a intervenir cuando lo has hecho tú una décima de segundo antes. ¿Por qué no has seguido con el plan?

—Porque un hombre puede darse cuenta, aunque sea tarde, de que se ha equivocado —murmuró roncamente Slim—. Porque nuestro plan tenía que desarrollarse sin derramar sangre. Pero Brandon comenzó matando al hermano de Judith y luego todo se desarrolló por una senda fatal… —Sonrió tristemente, dejando caer el revólver—. Yo fui un hombre honrado hasta que esto empezó, y cien veces he sentido luego asco de mi mismo. Fue por eso, Tuck, porque en el último momento mi propia vida me dio náuseas. Lo que haré ahora será entregar ese dinero al *sheriff* y luego marchar… Me iré bien lejos, para olvidar a Judith… Soy el único que queda vivo de los cuatro granujas de Nevada y nunca más volveré a esta tierra. En cambio, Judith se quedará. Ella merece un hombre como tú, Tuck. Rico y con posición. Yo… yo no soy más que un miserable…

Volvió la espalda, hundió los hombros y caminó hacia la calle. Por primera vez en mucho tiempo volvía a ser él mismo, un hombre con sus sentimientos, sus flaquezas, su arrepentimiento y su dolor. Su corazón volvía a sangrar después de secarse cuando vio morir a una mujer de hambre. Su alma había vuelto a vivir, pero sólo por unos momentos. Luego, al dejar a Judith, volvería a quedar helada, muerta…

Y de pronto oyó unos pasos a su espalda. Y una voz llegó a sus oídos. Una voz patética, pero que a él le pareció infinitamente dulce.

—¡Slim! ¡Espérame, Slim!

Desde el otro lado del patio, en la oscuridad, Tuck gritó:

—¡Judith, estás loca!

Sí, Judith lo estaba. Judith sentía que todo daba vueltas en torno suyo, que todo cambiaba. Efectivamente podía estar loca, pero aquella locura era la felicidad. Dejó que su cuerpo se apoyase en el de Slim y caminaron juntos. Él no dijo una palabra, pero la acogió con uno de sus brazos.

Lentamente, muy unidos, caminaron hacia la oficina del *sheriff*.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Se complace en recomendar a sus lectores, la nueva serie:

HEROES DE LA PRADERA

Una colección dedicada a dos colosos del



SILVER KANE y KEITH LUGER

Dos autores cuya fama crece día a día



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain